

VIENDO HACIA MEXICO

NI PERDONES, NI AMNISTIAS; PATRIA

Por el Lic. RODOLFO REYES

He leído en estos días en la prensa nacional, comentarios alrededor del tema de perdones y amnistias para aquellos que erraron o pecaron, y a la verdad no he encontrado la requerida distancia ética que exigen las calidades de perdonador y perdonado, ya que en estas cosas políticas, la culpa mayor suele ser caer del lado de la trompetilla del rifle que amenaza en vez de tenerlo abrazado por la culata; que el vencer es a la postre en el campo de la política la MAXIMA RATIO.

Se han ido abriendo las fronteras a todos los disidentes de la era revolucionaria en sus diversas etapas, siendo hoy el mejor título para la reintegración el "anticallismo" de los perdonados y saliendo a relucir culpas y faltas que hasta por méritos pasaban hace poco. Es éste a la postre casi un litigio de familia y un bien para la patria que así se liquide, a condición de que no resulte ahora delito político haber estado con el que fue todopoderoso, ya que si lo fue ello se debió a la acción o la omisión de todos, y ya dijo un profundo pensador hablando de los dictadores que "Cuando un pueblo ha entregado todo su poder a un hombre, dándole o tolerando que lo tome, el pueblo mismo es el primer cómplice de esa dictadura."

Es curioso observar cómo en los últimos tiempos, estas diferencias interrevolucionarias han sido mucho más violentas que los odios que pudieron guardarse contra los extraños a la revolución, ya que éstos, en su mayoría, han ido reintegrándose a la vida nacional. Desde la caída del señor Carranza vino un ciclo nuevo de la revolución, en el que la estrategia del partidismo se ejerció de los unos frente a los otros revolucionarios en nombre de los ISMOS personales, más que en el de una mejor ortodoxia.

Deben considerarse hoy bien llegados todos, ya que en la relatividad de lo político en lo ancho del Mundo y más en nuestro país, el reo de ayer suele ser el juez de hoy, y en todo caso, puede ser el útil patriota que tuvo razón o que erró por leal convicción.

El maderismo primitivo y veterano, el carrancismo, que fue su único hijo legítimo, han venido siendo ya más que otra cosa, una bandera romántica, muy honrosos para quienes supieron guardarlos a través del largo calvario recorrido, pues que su devoción se consagra en dos hombres sacrificados, lo que es siempre respetable.

Lo que ahora hace falta es que todos se interperdonen sus errores y faltas dejando a la opinión castigar lo que proceda en el orden histórico; ya que ir más allá, instituirse en jueces y discutir la jurisdicción de ésta o la otra forma de amnistia, no es procedente por mil circunstancias de nuestras propias condiciones sociales.

Lo que hace falta es que lo que fuera arma de partido, modo de aniquilar personalidades que pudieran un día ser más o menos fuertes, cese de mostrar como sincera su insinceridad o de inducir a error a quienes estén engañados o puedan ser a ese error arrastrados.

Sería a la verdad lamentable que México, con más de un cuarto de siglo de alteración revolucionaria, no pueda ya frenar, definir, constituir y serenar para entrar en ple-

na vida jurídica, porque entonces resultaría, no el asentamiento de un ideal renovador, sino la prosecución de un sistema demagógico, inevitable prólogo, no de renovaciones institucionales sino de anarquías, que tan enemigas son de lo conservador como de lo progresista; porque la demagogia es la agitación por sistema con el solo fin de agitar y sin llegar a consolidar nada. No, un sistema médico que consistiera en la cirugía permanente sobre el enfermo, acabaría con él necesariamente.

No hace falta para serenar la contienda que se decreten amnistias, que más que estimar los pseudoamnistiados pueden agravarlos, sino que no se cometan abusos de autoridad contra los retirados, apartados o vencidos y que no se excluya sistemáticamente a los aprovechables; en fin, que al llegar el imperio de la ley, no del partidismo, fuera de la disciplina de cada partido, sea esa ley la aplicada; pero no elaborada a la medida por el odio o el interés, sino como ha de ser para que sea general.

Los que llegan a la patria querida y añorada, ojalá que por su parte no traigan odios que satisfacer ni vengan con el propósito tan sólo de invertir posiciones. Todos los mexicanos debemos pensar en que los hombres, por fuertes que sean, pasan pronto y la patria queda, que las heridas hechas a ellos son tan accidentales como sus pobres vidas; pero que ella las recibe todas y puede quedar marchita, agria y amargada por la conducta de sus hijos.

Y para lograr este estado de derecho es preciso ante todo que la revolución haga, por fin cuanto le quede por hacer; pero de una vez que no siga México en el estado ambiguo en el que ha vivido, por lo que la incertidumbre es enemiga del derecho. El mismo estado de guerra es preferible a un derecho a la medida de cada excitación y cada oportunismo, todo menos el vaivén imposible que nos ha dadas.

Llevar como programa de una vida política nacional sólo los ANTI y los CONTRA es lo más infundado que puede concebirse y lo más pequeño sobre lo que puede sustentarse la organización de una sociedad. Como título para la estimación oficial no debe servir el que un hombre esté afiliado en el odio contra otro hombre o contra una cosa, sino que sirva para algo y que esté a favor de la patria, claro que para ciertos casos dentro de las disciplinas de los partidos; pero nunca juzgando delito el solo hecho de estar fuera de ellas.

En estos días da dolor por ejemplo, ver cómo al lado de quienes llegan a la vida social o política, reclamando legítimos fueros que les pertenecen o doliéndose de agravios que les fueron inferidos bajo influencia política anterior, los MONTONEROS y los oportunistas de siempre, los que llevan siempre al vencedor en bandeja de plata las llaves de la fortaleza vencida, han montado guardia de odio frente al omnipotente de ayer y hacen de ese odio sus únicas credenciales para buscar prebendas.

Y lo que procede es que si la situación recién llegada quiere de verdad extirpar caudillismos y dictaduras, barra ante todo esa basura que es la carne de la que se

nutren los personalismos; los incondicionales, los agitadores de profesión, los mercenarios de la pluma y la palabra, los buitres dispuestos a caer sobre cuanto ya no tiene vida.

Quién fué precursor del antiporfirismo con la relatividad que las circunstancias le imponían, quien renovador de toda su vida (así haya caído en paradojas que deberes supremos le impusieran) y a pesar pro justicia, pro patria y puede ir accidentalmente contra quienes a ello se opongan; pero no hacer programa de ir contra nadie ni contra nada, que no deba lógicamente caer ante lo nuevo que se crea.

Europa decae a ojos vistas; el Mundo espera de nuestra América un refugio, dentro de ella puede tocar a nuestro México un destino privilegiado; pero nadie puede habitar en una casa en perpetua construcción con planos rectificadas cada vez que llegan nuevos arquitectos y capataces, con la agravante de que llevan por finalidad primera destruir todo lo que los anteriores hicieron; hagámosla habitable para la humanidad toda, dentro de un nacionalismo vigilante lejano de toda xenofobia.

Y lo primero es abandonar EL SUPERFASCISMO increíble que considera delictivo que se organicen partidos de todas las ideas y que haya en las representaciones políticas minorías de todos los matices. En estas repúblicas europeas hay minorías monárquicas fuertes en el Brasil y mediante nuestro Amparo, allí aceptado ya, la Suprema Corte ha declarado que no es ilícita una organización monarquizante. Sólo lo organizado evita lo disolvente, sólo dando derecho dentro de la ley a ejercer su acción a ideas adversas se puede evitar que conspiren contra la ley. Queremos que la Nación coincida en sus límites con un solo partido y que éste sea el único que concorra a todas las funciones del Estado, es lo que, como dos lados de una misma moneda, hacen Italia y Rusia, como Alemania, cuyas vidas políticas podrían llevar por lema "Toda la Nación un Partido y todo el Estado para ese Partido".

México tiene su propio ser así, como no puede aceptarse el socialismo europeo para país que no ha pasado por los problemas del sudel derecho. El mismo estado de percapitalismo, de la superpoblación, tampoco hay que pedir al fascismo sus fórmulas, ni al nacional-socialismo o al bolchevismo las suyas.

Bien que se imponga un programa renovador contra las minorías que a él se opongan; pero que no se las expulse ni se las declare delictivas, ni menos que sea delito

(Sigue en la 5a. Pág.)

Viendo Hacia...

(Sigue de la 3a. Pág.)

ser amigo de Zutano o Mengano o por ello sufrir CAPITULO DIMINUTIO política.

Mientras que el signo negativo sea la bandera esencial de nuestra política no se resolverá otra cosa que aniquilar a unos para que los aniquiladores sean otros; y eso no es hacer PATRIA.

Madrid y Febrero de 1936.

R. REYES.

No Podríamos ser Políticas

Por CATALINA D'ERZELL
(Exclusivo para LA OPINION)

La verdad es que, pese a las sufragistas recalcitrantes, las mujeres no podríamos ser políticas. Ahora que tanto nos interesamos por los asuntos públicos cuyos problemas repercuten desgraciadamente en el hogar,— ya sea en el sentido económico o en el espiritual,— vemos claramente el lodazal en que se agita la política. Toda ella está formada de egoísmos, de ingratitudes, de traiciones y casi sin excepción, vence en ella el más audaz y pierde el más honrado.

Nula sería nuestra actuación en la política, sencillamente porque sería honesta. Nuestra feminidad que tiende a idealizarlo todo, se alejaría horrorizada a la primera exhibición cínica o sería fácilmente eliminada a la primera demostración de su honradez. Nos pasaría lo que a Vasconcelos, que por nuestros propios méritos habríamos de perder. Al victorioso autor de "Ulises Croillo" tenía que acontecerle lo que le aconteció. No sirve para político porque es idealista, soñador y especialmente sentimental. El que al escribir sus "memorias" tiene sinceridades que rayan en la crudeza, y habla en estos tiempos de Dios, y confiesa llorar a menudo obedeciendo al corazón y amar a una madre con un amor que se refleja en todos sus actos; el que reprocha vilezas a los encumbrados y reconoce su propia imagen en la pureza indiscutible de Madero, ¿podía acaso haber florecido en el pantano político formado de lodo y sangre? Vasconcelos en caso de triunfar habría sido sacrificado como Madero. Y las mujeres, en caso de inmiscuirnos en política, llevaríamos la de perder como Vasconcelos. Para un hombre virilmente honesto y para las mujeres femeninamente sinceras, no existen términos medios o el fracaso definitivo o el triunfo para purificar ambientes. Más posible y lógico lo primero que lo segundo.

Porque nosotros, por lo menos, seríamos fieles a un ideal. Al consagrar por convicción a un ídolo, al recibir de sus manos ocasionalmente poderosas un beneficio cualquiera, ya nos sentiríamos sentimentalmente obligadas a la fidelidad y, aun viendo a ese ídolo caído, sabríamos inclinarnos para recoger fervorosamente los pedazos. Por ejemplo, si nuestro consagrado hubiese sido Calles— y nombro a Calles como podría nombrar a cualquiera otra persona si su caso fuese de actualidad— una mujer que hubiera poseído su confianza, no le habría escrito desde la Argentina una carta dulzona y cursi, plagada de consejos officiosos, que no encontró eco ni en aquel a quien vino dirigida, ni entre los del régimen del Gobierno actual. Para el primero resultó inútil en su intención y traicionera en su fondo. Para los segundos, palpable demostración de mezquindad de convicciones y de anhelos aduladores. Ni habríamos seguramente, como tantos otros, negado nuestra adhesión—antes de que los gallos cantaran tres veces al amanecer— a quien hubiésemos seguido ciegamente en los aciertos y los errores inherentes al poder. En resumen, que hubiéramos sido más fieles o, siquiera, menos convenencieras, que tantos hombres que, por serlo, se juzgan lejanos a toda volubilidad muy femenina y que, en política, resulta masculina por esencia y potencia.

Y si no por noble fidelidad, por elemental inteligencia. Lo que hierre al caído no siempre halaga al poderoso. ¿Es que el señor General Cárdenas va a tomar en cuenta adhesiones que no son más que traición para otros? Al contrario, grandes pruebas de su tacto ha dado para saber eliminar ahora a quienes pisotean ídolos rotos de quienes reconocen a fondo su actitud tan enérgica como conciliadora, y,

por esto, están a su lado, con la dignidad incólume. Para designar a los otros existe un vocablo, muy gráfico y muy mexicano: "lambiscones."

Y a las mujeres no podría aplicársenos, sencillamente porque el sentimentalismo nos inclina a ser fieles o, por lo menos, a ser piadosas. Y en este caso nuestra piedad sería nuestra fuerza para sostener un Ideal. En resumen, que tales demostraciones de que la política sólo se amasa con fangos son para desilusionar a las más convencidas sufragistas y para que, las que hoy no lo somos, tampoco lleguemos a serlo nunca.

Métodos en Administración

— Por JOSE R. ZAZUETA —
(Contador Público)
MEDIOS PARA EL AHORRO

A los mexicanos frecuentemente se nos hecha en cara, muchas veces por los mismos nuestros, que carecemos de la frugalidad y que nuestra tendencia natural es al desperdicio y al malgastar. Aunque no contamos con estadísticas sobre el particular, creo que la experiencia de aquellos que están al corriente sobre el asunto desmienten lo dicho. Aquí, donde el hábito del ahorro es cosa tan general que la acumulación gradual de propiedad es considerada parte de la vida normal de todo individuo de mediana capacidad, los mexicanos acogen esta costumbre con gran facilidad y sus cuentas en los Bancos son de alguna importancia, si no por el total de sus balances, a lo menos por su numerosidad. El hábito del ahorro, la frugalidad, y no la falta de ella, es una de las características del mexicano y del hombre pero para despertar esta tendencia pasiva se ha hecho necesario un ambiente propicio en la forma de instituciones que fomenten el uso de parte de lo recibido hoy para el futuro y un orden social estable que garantice el poder usar aquellos fondos acumulados a su debido tiempo. Estos dos requisitos más que ningunos otros operan en la acumulación de un capital social para la producción.

En este país, más que en ningún otro, el ahorro ha dado lugar a la inversión de fondos en el gobierno y en la industria hasta que hoy la formulación de un programa de ahorro es sinónimo con el diseño de un plan de inversión. Es por esto que en la enumeración de medios para el ahorro que se hizo en el artículo anterior fueron incluidos los diferentes documentos, evidencias de propiedad o de deuda, que simbolizan la inversión de fondos. Estas evidencias junto con las instituciones para la acumulación de fondos, forman el cuerpo y proporcionan la fuerza del sistema de finanzas de este gran país industrial. Cada uno de estos medios cubre alguna particularidad o perjuicio de un grupo o individuo o ha resuelto algún problema económico.

En 1910, en pos de la crisis de 1907 durante la cual quebraron un sinnúmero de Bancos, entre ellos algunos de los más fuertes de la nación, se hizo necesario proveer algún medio de ahorro que pudiera atraer a los más desilusionados y más conservativos habitantes, pues se notaba la tendencia de acaparar el dinero y guardarlo en baulas, cofres, cinturones, etc., eliminando así su circulación. La solución de este problema fue el sistema de Bancos de Correo (Postal Saving Banks) el medio de ahorro, en ese entonces como hoy, más seguro. Siendo estos Bancos parte de los correos de la nación, gozan del tradicional buen crédito de su tesorería y por lo tanto atraen a

personas que desean, ante todo, la absoluta seguridad de sus fondos. La cuotización de interés en estos Bancos es considerada la medida del "interés puro" y todo lo pagado en exceso de esta cuotización por otras instituciones como un pago por riesgo. El interés del dos por ciento es fijo y es menos que el cuotizado por los Bancos aun en tiempos anormales como al presente, pues de otro modo competirían por fondos con los Bancos. Otras de las características de estos Bancos son las siguientes: ninguna persona puede tener una cuenta en exceso de \$2,500 aunque es cierto que aquel individuo tiene la opción de comprar bonos del gobierno federal una vez que ha acumulado el máximo y empezar de nueva cuenta. El depósito mínimo de un dólar, pero la persona que guste puede comprar estampillas hasta tener un dólar y entonces depositar a su cuenta. Los intereses son simples y son calculados una vez al año sobre dineros en depósito todo el año. El depositario puede obtener sus fondos a la vista. Como puede verse, este medio es propio para personas muy conservativas, personas de edad avanzada ya fuera de la vida activa a quienes la pérdida de estos fondos significa miseria absoluta para el resto de sus días. Este medio es propio también para aquellas personas que puedan necesitar fondos repentinamente sin demora alguna y en cualquier tiempo.

Otro medio de ahorro es la cuenta de banco. Mientras que el porcentaje de interés en los correos es fijo, las cuotizaciones de los bancos obedecen a las condiciones económicas. En tiempos de prosperidad hay gran competencia entre los Bancos y por lo tanto ofrecen más y más intereses, dando al depositario, de este modo, la oportunidad de beneficiarse materialmente. Por otra parte los Bancos tienen la opción de requerir avisos con treinta días de anticipación del retiro de fondos depositados a una cuenta de ahorros. Esta opción generalmente no es ejercida pero en casos de una crisis extrema (1933) se hace necesaria para la protección del público. Es algo que todos saben, pero muchos no comprenden, que los Bancos usan los fondos encargados a su cuidado para hacer préstamos al comercio y a la industria y que por lo tanto no están disponibles en total a un momento dado. Los treinta días de anticipación son para proteger al Banco contra la liquidación forzada de préstamos y al público de derrumbamientos. En nuestros días se han puesto sostenes adicionales a la estructura bancaria de la nación tales como el sistema de Seguros de Depósitos (F. I. D. C.) que garantiza los depósitos de los Bancos miembros. Los intereses pagados

(Sigue en la 8a. Pág.)

Mi Plática Diaria

Por Dorothy DIX.

UXORICIDIOS Y DIVORCIOS

No es posible llegar a creer que las tragedias matrimoniales, los divorcios y hasta la muerte de uno u otra de los esposos, a manos del compañero, se originen en el cansancio, en la carencia de amor que sobreviene fatalmente con la edad. Más bien podría decirse que en estos casos, el amor no murió, porque el verdadero amor no existió nunca; o que en los apasionados días de su juventud, estos esposos confundieron lamentablemente el verdadero amor, con otro sentimiento.

Porque, puede ser que las novelas nos pinten el amor como un complicado laberinto de azúcar y rosas, en el cual los protagonistas tienen que ser necesariamente un joven y una muchachita; mas el verdadero amor, el único real y efectivo, es el que nos cuentan esas historias reales de esposas y esposos cuyo afecto ha salido ileso de la prueba de fuego del terrible Tiempo; esposos que han luchado y bregado y sufrido juntos, y que unidos se han regocijado; que se han inclinado al mismo tiempo sobre frágiles cunas colmadas de esperanzas y han llorado, mezclando sus lágrimas sobre tumbas adoradas; que han vivido tan simplemente el uno para el otro, que no poseen ya vida individual.

El hombre calvo, un poco grueso, avejentado, que llama a su mujer "mamacita"; y la mujer de cabellos grises, de pesada silueta y aspecto maternal, que habla de su marido llamándolo "papá" no son seguramente los héroes pintorescos, incitantes y frívolos de una novela de amor picante. No son ya ni tan jóvenes, ni tan modernos, ni tan delgados, ni tan elegantes, pero conocen seguramente secretos del grande y profundo amor verdadero, que aquellos, con toda su juventud, su resolución y su picardía, no llegarán nunca a descifrar.

No es posible negar que en todas las comunidades, en todos los círculos sociales podemos contemplar el doloroso espectáculo de un hombre que, llegado a la riqueza y a la prosperidad, arroja lejos de sí, como un tapete usado, a la mujer que lo ayudó a conseguir las ventajas de que hoy disfruta, ya esclavizándose sobre la tina del lavado, inclinándose sobre el brasero y economizando hasta el último centavo que hubiera podido darle comodidades, tranquilidad, descanso.

Mas para compensarnos de esta desgracia, hay miles de esposos que adoran a su mujer y que tienen en la mente, para agradecerlos todos los días, los sacrificios que ellas realizaron en aras de su amor de esposas, de la prosperidad de la familia y del éxito de su unión.

Mi Plática Diaria

Por DOROTHY DIX
UXORICIDIOS Y DIVORCIOS

Existe todavía, para compensarnos del dolor y la desilusión que nos produce el ver que en nuestros días hay una amenaza de destrucción pendiente sobre cada matrimonio, un buen número de ellos que son verdadero ejemplo de firme amor, de comprensión, de fidelidad y afecto imperecedero.

Hay por ahí mucha gente frívola, incomprensiva, a quien yo misma he oído reírse ante el espectáculo, un poco extraño, que nos ofrece una mujer envejecida, gastada por los años, pero cubierta de joyas, adornada con sartas de perlas que hacen más notables las arrugas profundas de su cuello descarnado, y con sortijas que casi inmovilizan las falanges de sus manos, rígidas por la edad y el reuma, y por la fatiga de muchos, muchísimos años de labor.

Yo, en cambio, al ver a estas mujeres siento en el fondo del corazón una inmensa ternura, porque a través de ellas contemplo un esposo emocionado y devoto, proporcionando a su amada todo aquello que soñó en darle, y que no pudo conseguir cuando era joven, pobre y enamorado. Las joyas, los trajes costosos, los dormes un poco inadecuados para la edad de la envejecida esposa, me demuestran que para él sigue siendo joven, y que lo será, pese a las arrugas, a las canas, a las torpezas de la edad.

Porque felizmente para el corazón, cuando palpita a impulsos de un amor verdadero, el enemigo Tiempo no puede destruir ni maltratar siquiera al objeto de sus ansias. Y así, cada surco que grabó en el rostro querido la contracción amarga de un dolor compartido, cada cana que asomó entre los cabellos amados, tras una noche de ansiedad o de vigilia, añaden un mérito nuevo a aquel ser que ha ido perdiendo poco a poco sus encantos físicos, como pierde la flor sus pétalos, sacrificándolos por el fruto.

No, no son los esposos viejos los que quieren deshacerse del compañero de su vida. Son los jóvenes, los inexpertos, los que corren, impulsados por el huracán que arrastra a la juventud de nuestros días hacia las cortes de divorcio, para destruir un lazo que ataron irreflexivamente, a tontas y a locas, sin concederle la importancia que realmente tiene.

Y es por eso también que aquellos maridos y aquellas esposas que vivieron con el compañero de una vida dichosa, en comunidad de recuerdos, de ideales y de intereses, al enviudar se sienten tan solos, tan desamparados, tan carentes de afecto, que se casan de nuevo, buscando afanosamente aquel tesoro que perdieron.

LA FAMILIA

Por OSCAR CALDERON ALVAREZ

En uno de los artículos pasados dije que el ideal social consiste en la existencia de familias sanas, perfectamente unidas entre sí, en las que cada uno de sus miembros cumpla debidamente con sus deberes, y que al mismo tiempo, esa familia pueda disfrutar del bienestar necesario, incluyendo los gastos para la vida, y para sus distracciones.

No hay que profundizar mucho para convencerse de esta verdad; basta que cada uno se forje su idea de la familia, para que por sí mismo se convenza. Veamos si no: si el lector es una mujer, imagínese a su marido ocupado en sus trabajos, fiel con ella, cariñoso, amante de sus hijos; quizás pueda comparar esto con su vida real, en la que poco ve al marido, que sabe de sus infidelidades, y dígame a sí misma con sinceridad si no sería feliz y no ambicionaría nada más que su marido fiel. Si del esposo se trata, no tiene más que imaginar la infidelidad de su mujer, su desatención de los quehaceres de la casa, para inmediatamente comprender el infierno que sería el hogar. Indudablemente, no quiere decir que sus hijos sean unos haraganes perdidos, sino que todos los padres queremos poner todos nuestros cuidados en labrar un hermoso porvenir para ellos.

Hay que ser sinceros con nosotros mismos. Todos deseamos tener una familia feliz, y los que, desgraciadamente, han roto la armonía que debe reinar en ella, sienten la inmensa nostalgia de la felicidad, y procuran encontrar satisfacciones pasajeras en vanas diversiones o en vicios destructores, y hasta en el suicidio y el asesinato. La prensa diaria nos habla continuamente de tales casos.

Es, pues, indispensable convenirse de esta verdad: para que exista la paz social, la verdadera tranquilidad de espíritu, debe preexistir necesariamente la felicidad de la familia. Con ella pueden sobreverse las demás calamidades propias de la vida, sin ella, los sufrimientos de las enfermedades, de la cesantía, de las contrariedades diarias, se hacen insufribles y predisponen casi fatalmente al desarrollo de todas las pasiones, que facilitan las épocas de agitación e intranquilidad social. La familia puede considerarse el termómetro de la vida moral y económica de los pueblos.

Es natural que los amantes del desorden, que demuestran conocer

admirablemente la psicología de las pasiones humanas, pretendan la destrucción de la familia como base indispensable para el posible desarrollo de sus doctrinas. Para mí, todo el que hable o predique en contra de la familia, por este solo hecho me demuestra que o no comprende lo que dice, o es un verdadero perverso que pretende llevar a la destrucción social, y de aquí que deba aconsejar, que todos deben alejarse como de un apestado, de todo aquel que entre sus prédicas incluya la destrucción familiar.

La familia es algo enteramente natural; solamente el predominio de la razón desequilibrada, o de la malvada, o de la engañada por el sofisma, puede hacer que tengan eco las doctrinas contrarias, pero a los mismos que predicán tales cosas consúlteseles sobre las infidelidades de su mujer, sobre la perdición de sus hijos, y si se indignan demuestran su insinceridad, pero si a pesar de esto siguen adelante, no demuestran sino su absoluta corrupción. Basta para convencerse de esto pensar en el desprecio que nos inspira a todos la tolerancia indecorosa de un marido que conoce las infidelidades de su esposa. El comentario más benévolo que hacemos, es el de que es un "pobre hombre".

Si éste es el sentimiento natural, inevitable, ¿por qué forzarnos a admitir las prédicas sobre el amor libre? ¿Por qué tolerar la doctrina de que los hijos pertenecen al Estado? ¿Por qué no luchar dentro del hogar y fuera de él, contra toda escuela o tendencia que pretenda hacer de nosotros unos "pobres hombres" que no supieron defender a sus mujeres, ni a sus hijos? Hasta las mismas fieras, cuando tienen crías aumentan su ferocidad, que no obedece sino al instinto de cuidar a sus pequeños. Los llantos del niño que llama a su madre, nos demuestran su desamparo, y nos indican que por ley natural, el hombre, mientras no está formado, necesita de alguien que vele por él y lo cuide.

Hasta la misma procreación de la especie nos habla con su lenguaje llano y natural de la necesidad de la familia, a no ser que se quiera concebir una sociedad que en vez de adelantar hacia el amor y la unidad entre los hombres, quie-

(Sigue en la Página Siete. Columna tercera)

ra retrogradarnos a la vida de las bestias.

Consideraciones de otra índole nos llevan también a la misma conclusión, o sea la de que, la unidad de la familia es enteramente natural, e indispensable para la paz social.

Imaginemos por un momento a un padre con determinada ideología, y supongamos que por tratarse de "un pobre hombre" admite y tolera que su hijo sea educado en ideologías diversas. Con el transcurso de los años el divorcio moral y mental entre el padre y el hijo será absoluto; no se comprenderán mutuamente, lo que el uno admira, el otro detesta, y no será remoto, que como en Rusia, el odio del hijo llegue a tal grado que denuncia a su padre y sea la causa de su muerte.

La antigua idea reaccionaria, según el lenguaje moderno, de que el hijo debe ser el báculo de la vejez del padre, no debe subsistir, y se llegará al grado de que el viejo achacoso, enfermo, imposibilitado para trabajar, agregue a sus dolores el miedo, el horror y el remordimiento de ver a su hijo.

He allí la paz social que nos espera, y que nos predicán los progresistas.

Permitaseme que con toda claridad, aun cuando sea a grandes rasgos, trace el cuadro de la vida social que resultaría como consecuencia inevitable de las doctrinas contrarias a la familia, y compárese este cuadro con el que pongo al principio de este artículo, para que cada uno escoja cuál puede ser su ideal de paz social.

La consecuencia del amor libre será crear "pobres hombres" y "pobres mujeres", que disfrazarán el verdadero amor y que si por desgracia llegaran verdaderamente a enamorarse de una mujer o de un hombre, no hará ese amor sino aumentar su sufrimiento. Los padres no conocerán a sus hijos, que desde su tierna edad serán arrancados de la casa de cuna para ser educados por el Estado, siguiendo el sistema educativo del audaz que se haya apoderado del gobierno. Los abrazos y los besos inocentes de los niños, la tierna solicitud de la esposa que salen a recibir al padre cuando cansado llega de su trabajo, serán substituídos por los comedores públicos (análogos a pesebres), en los que a toque de campana se servirán los platillos que el capataz escoja, y en los que el hombre, como el presidiario, no tendrá siquiera la libertad de alguna vez en su vida escoger un platillo de su especial apetencia. Y sus hijos, ¿qué es de ellos? Lo ignoran los padres, quizás quieran ver en todos los niños de su edad a su hijo del que no han vuelto a saber, del que no saben si murió, si los odia, pero que si saben que no ama a sus padres porque no los conoce. Y si por ventura no se llega a este grado "ideal" del comunismo, sino que se "tolera" que los hijos vivan con los padres, entonces encontraremos el divorcio intelectual nacido de la distinta educación, el trato constante de dos hombres que piensan distinto, que sienten distinto, que quizás se odian, o que por lo menos no se aman, y que se ocasionan constantes sufrimientos.

No basta que unos cuiden a sus propios hijos. Es indispensable que todos los cuiden, que todos merezcan ser correspondidos por el amor filial.

La familia es una idea "reaccionaria" que lleva a la felicidad, al amor y a la unión: lo revolucionaria-

EL ULULAR DE LOBOS Y EL CRASCITAR DE CUERVOS

Por ABEL R. PEREZ SR.

YA se fué el general Calles! Sí, se fué; salió ya del país, sereno y digno, para volver o no, en gesto de noble renuncia, de puro y alto patriotismo, dando, así, una prueba más de su gran sinceridad y de su gran visión de verdadero revolucionario, político y estadista; pero, sobre todo, de su gran amor por su patria, por su México, a cuyo resurgimiento, reconstrucción y grandeza, tanto contribuyó, desde 1910 hasta 1924, como militar, como revolucionario y gran expositor de ideas; desde 1925 hasta 1929, como Jefe de Estado; desde 1930 hasta hace algún tiempo, como jefe de su partido político y, por último, como Jefe Máximo de la Revolución triunfante.

...

Se fué, sí, seguro de que con su gesto alto, desinteresado y único, da la mejor prueba de su gran patriotismo y ejecuta la mejor defensa de su propia obra revolucionaria, gigantesca, social, cultural, material y política, cuya última etapa se inicia con el estupendo mensaje de un memorable 1o. de septiembre, en el que, tras un período presidencial brillante, progresista, fecundo, reconstructivo, inolvidable, puso los cimientos columnarios, indestructibles, de nuestro régimen institucional, del que la verdadera y definitiva cristalización comienza ahora, para ser, pronto, una bella e inmovible realidad, gracias al impulso inicial que le diera su amplia y patriótica visión política, pese a los tanteos, ensayos, vacilaciones y magüer las exaltaciones ideológicas, radicalismos agudos, faltas y aun errores en la ejecución de hechos y en la selec-

ción del factor humano, que a veces, defraudó la confianza y las esperanzas en él depositadas (¿qué gran hombre o qué gran obra no los tuvo? —“errare humanum est”—, que reza el viejo proloquio latino), porque el alto ideal tuvo, necesariamente, que pasar, en el proceso de su aplicación práctica, desde 1929 a la fecha, y de algunos de los cuales no podría, en justicia, culparse al gran estadista.

Y gracias, además, a la firme, resuelta y serena actitud del actual Presidente, general Lázaro Cárdenas, quien ha probado ya su sincera, honrada y justiciera resolución (de la que es recientísimo ejemplo su recta y enérgica actuación en el caso de Tabasco, que

esperamos llevará a los debidos términos de equidad, no sólo de mejorar las condiciones sociales, culturales, morales y económicas de las clases trabajadoras y proletarias, sino de que se cumpla con la ley, de manera que no sigan burlándose el sufragio efectivo y la no reelección, principios básicos, iniciales, de la gran Revolución, por los que tanta sangre mexicana se ha derramado; y gracias, por último, a que la juventud y el pueblo mexicanos están resueltos a defender y a cuidar de que esos principios sean una realidad efectiva, tangible, indudable e indestructible, en el futuro.

Fué grande y noble el gesto del general Calles. Y la historia lo recogerá como ejemplo de alto y verdadero desinterés, de puro y acrisolado patriotismo; de insólita renunciación y de una intuición que el porvenir, tal vez, confirmará.

Percibo ya, muy cerca, rumor de pisadas de fieras; el arrastrarse de babeantes víboras; el correr de canes rabiosos; el crascitar de cuervos; el ulular de lobos, que avanzan, que se acercan, en caravana trágica, a morder la mano fuerte y generosa que ayer lamieron.

Acaso, creyendo al general Calles definitivamente exiliado, o muerto políticamente, sus enemigos, o sus ex amigos, ex callistas o no, aprovechando, cobardemente, su ausencia, se atreven ahora a atacarlo, si es que no, de hecho, se le está atacando ya.

El gran estadista no necesitará defensa, porque su obra política, social, material y económica, tan fuerte e indestructible, se defiende por sí misma.

Sigue en la página 8, 5a. columna

TAL DIA
Como hoy

Por RAFAEL HELIODORO VALLE.

23 DE AGOSTO

EL ULULAR DE LOBOS Y EL CRASCITAR DE CUERVOS

Sigue de la página cinco

Mas si llegare a necesitarla, y si aún queda entre nosotros un resto de vergüenza y de pudor; si no se ha perdido la noción de lo que es decencia, gratitud y lealtad; si no se quiere dar un nuevo espectáculo de asquerosa y miserable traición; de entre sus amigos, partidarios y protegidos, de esos a quienes él, sacándolos de la nada, del rincón oscuro y anónimo, y hasta del hambre y la miseria, en algunos casos, elevó, enriqueció e hizo gentes; deben surgir cien plumas y cien gargantas, que las hay muy doctas y galanas, y gritones, cuando quieren, que salgan, valientemente, en su defensa; y si se diera el increíble y bochornoso espectáculo de que los callistas, por conveniencia, por interés, por hambre o por miedo se enconchen o se encueven, y no sólo no salten a defenderlo, como es su deber, sino que, ruines, cobardes o traidores, hasta se atrevan, incluso, a atacarlo; quizá, con no poca sorpresa para todos, para ejemplo y escarnio de muchos y vergüenza de otros, surja a hacerlo alguien, con la corteza del burgués y la fama de capitalista, con más alma proletaria y más mentalidad verdaderamente revolucionaria y socialista, que muchos farsantes, transfugas, convenencieros, embaucadores, agoreros y explotadores de obreros y campesinos, verdaderos capataces del proletariado, crapulosos, amentales, amorales y cínicos, eternos Robledillos; alguien que, con su criterio de escritor independiente y claridoso; que, pasado el temporal abatimiento causado por enfermedades, decepciones y reveses; hecho, otra vez, el ánimo, potente motor de combustión interna (motor Packard en carrocería de Ford, como dijera, en chispeante frase inolvidable, el general Obregón, del malogrado divisiona-

rio regiomontano Jesús M. Garza, de quien sabemos y cualquier día referiremos algo que robustece el símil del vencedor de Celaya); alguien que, con la "adarga al pecho, toda corazón, y la pluma en ristre, toda fantasía", en la mano, otra vez fortalecida, calzada, de ordinario, con fina cabritilla, o desnuda, o con el rugoso guante de combate, generalmente cortés y amable, llegando en ratos a la hipérbole (siempre justiciera, jamás servil ni aduladora); a veces, hecha flamígero estilete o látigo estallante; alguien, repetimos, que, sin vínculos, ligas o compromisos de amistad, gratitud, parentesco, o lazos políticos, o de negocios, ni con el general, ni con partido, persona, grupo o credo alguno, y a quien, por el contrario, hasta pudiera considerársele resentido, en el terreno puramente político, por causas que no es del caso referir; alguien, por último, que también, o sólo, salte a su defensa, en el curso de la cual, acaso, salgan a luz muchos nombres, hechos, lugares, casos y cosas (cosas veredes el Cid!), que no sólo servirán para que se conozcan en toda su majestuosa grandeza los perfiles y rasgos, hasta hoy desconocidos, del gran mexicano, revolucionario, político y estadista, cuyos recios contornos nos hacen recordar la ciclópea escultura del "Pensador", de Rodín, sino que, seguramente, dejarán asombrados a muchos mexicanos, incluyendo a los legítimos, o "soi dissant" revolucionarios, callistas o no, del gran ciclo histórico, que comenzó en 1906 y no termina todavía.

El Acomodamiento de los Desleales

Por ARMANDO CHAVEZ CAMACHO,

Un ojo superficial, hecho para ver las cosas por encima, diría que a medida que la civilización mecánica avanza, los altos valores espirituales aminoran hacia la derrota. Tal ojo no encontraría en el discurrir de los días nuevas demostraciones de su acierto.

Así, en tanto que la técnica elabora un nuevo producto, la virtud pierde un adepto. En tanto que la humanidad adquiere un nuevo edificio, la belleza pierde una oportunidad.

Crisis humana, crisis del mantenimiento de nuestra especie sobre la tierra, crisis de la vida del hombre a medio de sus semejantes, para salvar palabra prócer.

Entre las virtudes más vigorosamente azotadas por la barbarie materialista, se encuentra la lealtad, la fórmula que puso un tinte de grandeza en las relaciones humanas.

Frente a la angustia que pone a la virtud en el sendero de la derrota, hacemos el elogio de la lealtad.

* * *

En un libro que no se ha escrito ni se escribirá, encontraríamos la vida de un hombre que fué original encarnación de la trágica lucha entre el Bien y el Mal.

Simbolizó diez años del dolor de un pueblo. Director y fuente de un régimen, hizo de la tiranía un sistema casi científico y de la falsedad un método de gobierno.

A su soplo—fiat lux en inversión—surgieron de la nada los nuevos valores. Así forjó sabios de pobres espirantes a dilettanti; estrategias de entorchados deshumanizados; estadistas de políticos salidos de los estercoleros. Encumbró nulidades, adiosó medianías, hizo de la mediocridad la más alta virtud pública. Pero tuvo el cuidado de que las sombras de los encumbrados nunca alcanzaran a llegar ni al pedestal de su grandeza.

La libertad, en su largo y angustioso proceso, nunca tuvo enemigo más encarnizado. El tirano fué implacable, sobre todo, con el pensamiento libre. Quienes lo cultivaron supieron de la persecución, de la cárcel, del crimen. La palabra se ahogó en sangre y la pluma se manchó en lodo. Las conciencias, por otro tanto, vivían la vida obscura y miserable de los grandes presidios de la tiranía.

Así sufrió un pueblo diez años de tragedia, de angustia, de dolor. Sólo una esperanza—planta exótica de las tierras de barbarie—voló sobre los corazones con alas invisibles y alentó los espíritus anhelantes.

* * *

Pero vino el desastre y el gigante en pies de barro se desplomó. Era cuando llegaba la hora de rendir cuentas. Aquella en que la justicia de los ojos de los hombres semeja una angustia con desprecio por desprecio, con angustia por angustia, con humillación por humillación.

Y una vez más, como ciento en el curso de la Historia, la hora de la justicia coincidió con la hora de la derrota. Los cortesanos que condescendientemente callaron en sus días de

gloria, hablaron en el momento de la caída. Lacayos oportunistas hicieron pobres arietes de sus voces que sólo sabían de los cantos de alabanza.

Los gritos, los ataques, las injurias, cubrieron al caído como el pantano cubre a su víctima. Los eternos buscadores de oro arrojaron cieno al caído, como nuevo procedimiento en su búsqueda incansable.

Un rasgo—sólo uno, de valor y de audacia—tuvo el gigante estrangulado: fué cuando presentó, ante los viles, todo su cuerpo entero, toda su inmensa responsabilidad.

El pasaje de Ibsen se transformó. En el drama nórdico el viajero dice: "Cuando está cerca la tumba, el corazón se entenece, se vuelve generoso". En nuestro caso—biografía, que se quedará para la historia del pensamiento inédito—parecía como que los que estaban cerca del fracaso se aferraban a la idea derrotada de un nuevo triunfo. Y sus corazones se tornaban menos generosos.

Pero el espectáculo inmundo lo dieron los antiguos amigos. Quienes hicieron de sus vidas perpetuos incensarios de humo servil fueron los más crueles censores del viejo amo.

Dos mozos de estribo, de vértebras flexibles, que emplearon mil veces sus espaldas para elevar al amo, esta vez se alzaron en tono desafiante para escupir el rostro que siempre veneraron. Uno, intelectual a sueldo, desde el extranjero llamó al orden al jefe de quien sólo recibió órdenes. El otro, sabio adivinador de los deseos del amo, se declaró desligado de él y de los suyos en el momento de la prueba. A eso llamó "rectificación".

Unos cuantos, de los más adictos, supieron en esta ocasión dar una muestra de hombría cayendo con el jefe. Así, llevaron a sus labios el desconocido sabor de una voluptuosidad de dioses: caer con los suyos.

Entretanto, a los oídos del gigante agónico, llegaba como el mugido de un buey invisible, nunca antes escuchado.

Así murió el vencido: de vejez, de rabia y de orgullosa tristeza.

* * *

Esa lección será, en lo futuro, la lección de la deslealtad. Allí podrán abrevas, los curiosos, todas las corrientes del deshonor. Entenderán cómo se proscribía de la vida la nobleza, cómo la conciencia se limpia del feo barro de la generosidad, cómo la vergüenza muere a manos de la conveniencia.

Pero encontrarán, también, la lección de la lealtad que entonces dictaron inesperados domines. La lección que en un gesto explica el valor de una virtud.

Comunión en el esfuerzo, aunque sea vandálico. Comunión en el sacrificio. Así se forja la lealtad. Así la entendieron y practicaron los caballeros, cuando existían.

Y todavía hoy podemos decir que la lealtad sirve para algo. Aunque sólo sea para la tranquilidad de la conciencia.

A. CHAVEZ CAMACHO

EL REGIMEN INSTITUCIONAL Y LOS PARTIDOS POLITICOS

Por ABEL R. PEREZ, Sr.

PAIS con Gobierno republicano y con sistema parlamentario o presidencial, que presume de régimen institucional, sinónimo de actividades electorales libres, legales, limpias y puras, dentro del sano juego y engranaje de prácticas verdaderamente democráticas, debe contar, cuando menos, con dos grandes Partidos Políticos.

La existencia de un solo Gran Partido, especialmente si tiene todos los aspectos de oficial, por integrado, en su mayoría, por elementos burocráticos, va degenerando, gradualmente, aquí y en cualquier país, en franca oligarquía, y, andando el tiempo, en una dictadura de las peores, más, en un ambiente enfermo de hambre, de abyección, adulación, miedo, servilismo o escepticismo, hasta convertirse en verdadera tiranía irresponsable, de las más funestas, ya que la responsabilidad se diluye en tecnicismos y vaguedades de estatutos y en aparentes decisiones de Comités, que no son más que el ropaje que oculta al verdadero manejador de los hilos de la farsa.

Nos repugna cualquiera forma de Dictadura o Tiranía, pero si alguna hemos de soportar, preferiríamos, en todo caso, la de un Dictador o tirano descarado, no vergonzante, al que, tenga o no vestidura oficial, pueda combatirle por la Prensa, con la crítica valiente y serena, o por todos los medios lícitos, hasta arrancarle el poder detentatoriamente retenido; y no la de una sola agrupación o casta, llámese Partido o Sindicato (peor si éste es manejado por líderes amorales y amentales) o con el nombre con que se le haya disfrazado, contra el cual es difícil luchar, ni concretar cargos y responsabilidades, que siempre se escudan en la resolución de los Comités Ejecutivos, bloques camorales, resoluciones de Consejo, fallos de Asambleas y demás farsas y zarandajas. Si es in-

soportable la dictadura de un solo hombre, peor es, y más dañina, más tiránica, más cruel, por lo hipócrita, la de un solo Partido Político o la de un solo grupo, clase o casta.

Por eso resulta una imperiosa necesidad la formación de otro Gran Partido, de esos que en otros países con regímenes ya institucionales, sobre todo los de régimen Parlamentario, llaman de oposición, que, sirviendo de censura y crítica, controle y refrene las actividades del partido oponente, estableciendo el justo y debido equilibrio de las fuerzas sociales y políticas, y obteniendo así el leal, legal, libre y sano juego de todos los factores democráticos.

El régimen institucional fué establecido, primera y fundamentalmente, por la Constitución de Querétaro, y después, por la estupenda interpretación del General Calles, en aquel mensaje memorable (no cito el año, porque es monumental documento histórico, impecable en forma y fondo, pertenece a cualquier año de cualquier siglo del Porvenir), no en beneficio de un solo grupo, casta o clase social, o de un solo partido político, sino para el pueblo, en la verdadera y amplia acepción del vocablo, es decir, para **todo el pueblo** que está formado por **todos** los diez y seis millones de mexicanos, que son los que, mediante el ejercicio del voto, legal y libremente emitido, por supuesto, delegan sus derechos cívicos en los tres grandes Poderes de la Federación, de los Estados y de los Municipios, que no vienen a ser otra cosa que verdaderos servidores y mandatarios de todas las clases sociales constitutivas de la Nación mexicana; la que, guiada, además y fortalecida por su juventud universitaria, por la clase estudiantil y por la juventud en general, la campesina, obrera y proletaria (que ya dió una muestra de esta

actitud en el caso de Tabasco, que esperamos no deje a medias), no consentirá ya, en el futuro, más tiranías, liderismos, cacicazgos, imposiciones, despotismos continuismos, nepotismos; ni más mentiras, mixtificaciones, chanchullos, escarnios al voto y atentados al sufragio, ni más farsas electorales y violaciones a la ley, hechas para burlar la genuina expresión de la voluntad popular, que debe ser sagrada e inviolable, para elegir, libremente, a sus futuros mandatarios.

Algún día, no lejano tal vez, así lo esperamos, ha de formarse en México ese otro gran Partido político, verdaderamente popular, integrado por elementos de todas las capas sociales, en el que entren todos los componentes del pueblo mexicano; que dé lugar en sus filas a todo ciudadano que quiera, libremente, inscribirse en ellas, sin reparar en edad, antecedentes políticos, posición social, ni económica, o condición cultural, sin más restricción que la de cumplir estrictamente con la Constitución vigente y las leyes y reglamentos que de ella emanan, donde están plasmados todos los ideales, postulados y planes, hechos leyes, de la gran

EL REGIMEN INSTITUCIONAL Y LOS PARTIDOS POLITICOS

Sigue de la página cinco.

Revolución mexicana, hecha Gobierno, y cuya gestación ciclópea se inició en 1906 y todavía no termina. Partido sostenido con las cuotas pagadas, espontáneamente, por sus miembros, sin coacción, ni presión, ni con el carácter de descuento o de odiosa gabela, que lo convertirían en un Partido oficial o en una oligarquía o facción netamente burocrática.

IMPACIENCIA DE LA POLITICA DE CAMPANARIO

Por JORGE LABRA

APROVECHANDO la agitación política de los últimos días, los enemigos de los gobernadores de Veracruz y Puebla han querido coger la ocasión por los cabellos para darles zancadilla. A Veracruz marchó una comisión a investigar si eran fundadas las acusaciones contra el gobierno local, y los acusadores tuvieron que contratar gente para hacer unas raquícas manifestaciones a fin de demostrar que aquél no cuenta con el apoyo de las masas populares. Sin duda, los senadores comisionados sabrán valorar justamente dichas manifestaciones en lo que hayan tenido de espontáneas y de medula popular, para colegir si los manifestantes representaron, efectivamente, la opinión del pueblo veracruzano respecto de su gobierno, que, si no es una notabilidad en acierto, tampoco lo es en desatinos y bien puede haber dentro de prudente proloquio de que más vale malo por conocido que bueno por conocer. Aunque, en justicia, el gobierno interino del licenciado Rebolledo en Veracruz, se ha esforzado por llevar adelante el programa de su antecesor, el licenciado Vázquez Vela, que tuvo que dejar comenzada su obra para pasar a ocupar la Secretaría de Educación Pública.

En Puebla, son elementos de la FROC los que quieren quitar a Mijares Palencia de gobernador. Una comisión que se dice representante de más de dos centenares de agrupaciones sindicales, ha acudido al Senado y a la Secretaría de Gobernación a exponer sus quejas contra el mandatario, acusándolo de callista y de enemigo de los obreros. Después de las jornadas de junio y diciembre, el callismo se presta a con-

fusiones. Antes de esas fechas, se podía ser callista sin otra connotación que la de amigo del general Calles, y me parece que ni uno solo de los señores gobernadores en funciones, o electos, o simplemente aspirantes, habrían deseado que se les tuviera por anticallistas. Todos eran, pues, amigos políticos y aun personales del general Calles. Quizá unos eran puramente formulistas y otros sinceros; pero a todos podía denominárseles igualmente callistas sin suspicacias ni recelos. Ahora es diferente. El callismo ha pasado a la categoría de opositor al régimen, y llamar a alguien callista, significa enlistarlo entre los enemigos del gobierno. En este concepto, el general Mijares Palencia no querrá ser callista y no hay motivo para creer que lo sea, cuando su gobierno se ajusta a los lineamientos trazados por el general Cárdenas y no ha habido hasta ahora, que se sepa, disenso alguno entre el proceder del gobierno del Estado de Puebla y el general de la República. Si en lo personal el general Mijares no ha dejado de ser amigo del general Calles, allá él lo sabrá y tendrá también razones de decoro personal para no curarse en salud proclamándose anticallista, como lo han hecho otros, sin que nadie se lo pregunte. El servilismo, aun en los momentos que pudiera parecer más grato, es siempre repugnante.

El otro cargo que le hacen a Mijares de ser enemigo de los obreros, podría formularse mejor, por otros, naturalmente, que no fueran los propios trabajadores, diciendo que ha sido demasiado amigo de los obreros. Como que por serlo, no ha querido adoptar medidas enérgicas para acabar con la pugna intergremial

en Atlitxco y otros lugares, en que se imponía una acción represiva para castigar a los alborotadores. Mijares no ha hecho diferencia entre unos y otros laborantes, reconociéndoles iguales derechos y dándoles iguales oportunidades para que, dentro de un espíritu de clase, resolvieran sus dificultades. Lo mismo cuando los de la CROM pedían contra los de la FROC, que cuando éstos acusaban a aquéllos, buscó la manera de avenirlos prestando su propia mediación y buscando la de superiores autoridades del Trabajo y aun la del mismo Presidente de la República. Ha de reconocerse, sin embargo, que sus gestiones no tuvieron el éxito deseado y que las mismas desavenencias entre las agrupaciones obreras, que se mantienen invariables hasta ahora, dan pie para que los de la FROC acusen a Mijares de ser su enemigo porque no ha aniquilado a los cromistas, aprovechando el momento en que la alianza de Morones con Calles pone en situación comprometida a la CROM.

Podrá haber, acaso, otras acusaciones mejor fundadas que hacer a Mijares, si hay quien se empeñe en buscarlas; pero éstas de los trabajadores de la FROC no pueden ser más vagas e injustas y las que menos deben servir para determinar la caída de un gobernante cuya actuación ha de juzgarse por la manera de conducir su gobierno. En realidad, en el fondo de las acusaciones a los gobernadores de Veracruz y Puebla, se agazapa la política de campanario que se muestra impaciente de dominar la situación, como si estuviera en el poder. En

Sigue en la página 7, 5a. columna

Veracruz, el senador Aguilar está ansioso de restaurar su dominio como lo tuvo en la época anterior a 1920, y para ello está dispuesto a ir a pelear a palos y pedradas, según declaración patética que hizo ante el Senado y que decidió el viaje de la comisión investigadora. El caso de Puebla es más serio. No por cuanto afecte a la estabilidad del gobierno, sino por lo que pudiera significar para lo futuro. (176) 10

La FROC está quejosa de Mijares porque éste, en cumplimiento de su deber, se ha ajustado a la ley. El incidente ya es bien conocido: elementos políticos de la FROC presentaron candidatos para el próximo ayuntamiento poblano y en su favor se declaró el plebiscito del P. N. R., desahuciando otra candidatura que se había formado con elementos que podían tenerse por adictos del gobernador Mijares. La resolución del P. N. R. se aceptó sin objeción alguna y en las elecciones recientes se declaró triunfante la planilla obrera de la FROC. Pero ocurrió que, a poco de haber sido declarada triunfante en el plebiscito la planilla obrera, su candidato a alcalde propietario mató a balazos al novio de su hermana. Dicho candidato, aunque perteneciente al proletariado, guarda una posición económica desahogada y tenía otra política, probablemente más desahogada. Es propietario de una larga serie de molinos de nixtamal y era diputado al Congreso local de Puebla. Como consecuencia del homicidio que cometió, el Congreso le formó gran jurado y lo desaforó, con gran disgusto de sus correligionarios políticos; y por esa misma causa no podrá ocupar la presidencia municipal de la Angelópolis, hasta que quede exonerado de responsabilidad en la acusación que sustancia el juzgado. Y esto disgusta profundamente a los camaradas de la FROC, que atribuyen a maniobras de Mijares lo que no es sino el justo cumplimiento de la ley. Y piensan tal vez que si Mijares fuera depuesto, lograrían llevar al gobierno un elemento que les fuera adicto para desarrollar sin trabas su acción política, aun pasando sobre las leyes.

Y ésta puede ser la razón principal para que no se cambie a Mijares; porque éste ha demostrado ecuanimidad para garantizar a todos los sectores sociales sin ánimo de partido. Pudiendo aprovecharse del poder para imponer a sus amigos, ni siquiera obstruyó el triunfo de los que le combaten. Y puede esperarse que, bajo su gobierno, se efectúe sin conmociones la renovación de poderes locales que ha de efectuarse en el curso de 1936.

Mijares puede ser una garantía de tranquilidad en el Estado en su último año, como lo ha sido en los tres anteriores de su gobierno.

EN LA MUERTE DE PABLO GONZALEZ CASANOV

(Oración Pronunciada Ante su Tumba)

Por CARLOS GONZALEZ PEÑA

Cada día morimos; cada día la vida nos quita parte de nuestra vida... Y estas palabras del místico viril, estas palabras de San Agustín, las corroboramos cuando, al borde del camino, cae uno de los seres amados que nos acompañaban en la marcha.

Seres de elección; almas a las que nos aproximamos, como obedeciendo un mandato anterior; espíritus que estuvieron cerca, y a los que reconocimos por una señal que en silencio nos hacían, como diciendo: "Ven; soy tuyo; eres de los míos"; cómo no, cuando desaparecen del mundo mortal, para penetrar en el misterioso resplandecer de las transfiguraciones, cómo no sentir, con un temblor de infinita melancolía, la parte de soledad que nos dejan, la parte de nuestra propia vida que nos quitan!

Con su infatigable vestir de luto—al desgair el traje negro, negra la corbata, negro el sombrero aludo que en amparo juvenil su calva inesperada cubría—; con sus ojos de candor y de mirar profundo, benévolo en la caricia, en la pasión llamantes, animando e iluminando la faz lampiña, bajo la espesura de las negras cejas; con su palabra de bondad que fluía, risueña o ardiente, de la boca fina, trazo aristocrático bajo la corva, irónica nariz afilada, le teníamos aquí apenas la pasada semana...

¡Y hete que de pronto se marcha! Tan discretamente como había venido! Tan callado, tan cortés como él era en la gracia—pura, rara, limpia—de la amistad otorgada; de la amistad dispensada—diríamos—pues que tanta era la luz que de ella emanaba y se difundía, al modo de la íntima lámpara que, en el rincón en que pensamos, la expande sobre la página a leer o a escribir, dándonos, con claror, un no sé qué de llana confianza!

Todavía está abierto el libro cuyo pasaje leímos juntos. Arrebatándolo de mis manos, recitó el trozo magnífico que evocaba a la Venus de Urbino—mujer en proximidad del amor, mujer que no mostraba "la pureza ruda de Miguel Ángel, el candor helado del mármol". Y aun tengo en los oídos aquella su peculiar manera de acentuar los contornos de extranjera lengua, arrastrando las sílabas, silbando las erres, apretados los labios, en tanto que las pupilas, en radiación de inteligencia, extendían, impalpable, el comentario luminoso... ¡Y junto a esto lo de todos los días! Cabos de charla que se atan de una mañana a otra, observaciones sobre la cuestión del momento, la broma insinuada, la risa a la que se da suelta, una conclusión que se esboza, el monosílabo que estalla, cuartillas que van y vienen, el compañero que entra, el saludo al que, tras de la vidriera, pasa: la vida, en suma; la vida cotidiana, que se desliza al parecer tan lenta y tan ausente de contenido, y que, sin embargo, va tan de prisa y lo tiene tanto...

Callada, cortés, silenciosamente se marchó. Y, pues, se ha ido, hay que fijar el punto de partida del recuerdo que nunca se irá; recapitular aquella noble vida, exaltarla en infinita reverencia.

En Pablo González Casanova se identificaba el espíritu con el hombre; realizábase musical armonía entre su yo interno y su yo exterior. La simpatía rumorosa que de su persona brotaba en efluvios era reflejo del alma que no se recataba ni escondía, y que todos encontrábamos a flor de pupila y en el apretón cordial de las manos efusivas y generosas.

Ante todo, su hidalguía. Fué el tipo acabado del perfecto caballero. Se podía descansar en él; se podía reposar confiadamente en él. A la medida del habla correspondía la nobleza del gesto; del gesto físico y moral. Incapaz de falsía; incapaz de murmuración; incapaz de decir ni de hacer nunca lo que pueda re-

Llegando a la mitad del camino de la vida, y mucho antes de peinar canas, era ya un sabio.

Desde su infancia, allá en su nativa Yucatán, le atrajo, en alas de la poesía, el afán de romper los velos—para él densos entonces—de una vasta ciencia: la ciencia del lenguaje. No le bastaba el propio; elevándose a la consideración de cada lengua, de cada dialecto, de cada voz y forma gramatical, soñaba en conseguir un día penetrar en el misterio de sus relaciones reciprocas; descubrir en la palabra, como el geólogo en la piedra, enseñanzas reveladoras.

Fué filólogo por vocación; lo fué, también, por dedicación heroica. En los más ilustres centros universitarios de Alemania, a los que concurrió y en los que se nutrió desde la adolescencia, se formó y disciplinó. Su espíritu—de elevada universalidad—se afinó y depuró en directo e inmediato contacto con la civilización europea, en diversos y fructuosos viajes. Y con su caudal rico, y con su ilusión floreciente y florecida de explorar el vasto campo filológico, retornó a México.

Antes que periodista, hubiera sido Pablo González Casanova un solitario de gabinete; ¡qué noche, en su hoy truncada vida, no le sorprendió rechazando, cruel, venciendo al cansancio del diario bregar, para entregarse, para proseguir la investigación filológica nunca interrumpida? Mas la sabiduría no es planta a la cual ofrezcan condiciones propicias estas latitudes. La sabiduría se rinde aquí, y desfallece, cuando no va cogida del brazo de la santidad. Todavía no desaparece la doliente edad que el insignis Orozco y Berra, irónico y entristecido, simbolizaba para el libre desenvoltarse del arte y de la ciencia mexicanos, en esta sentencia: "Cuando

lo recuerde, porque ello pinta al sujeto de elección que él fué—en los días que precedieron al de su muerte, brotó del alma y de los labios del casi agonizante un impulso de alteza nobilísima encarnado en anhelo de franciscana sencillez. Festejábanse los quince años de linda chiquella, hija de nuestro Director. Presa del dolor, presintiendo acaso la proximidad de su fin, debatíase Pablo en el lecho que sería mortuario. Pues bien: la crueldad de su tortura, la inminencia del tránsito no desvaneció de su mente el empeño—caballeroso y cortés—de hacerse presente en la entrada de aquella primavera. Su tema, el tema del día, fué el de que los suyos, alguno de los suyos atribulados, saliese a buscar, saliese a comprar el regalo para la chiquilla. Y el fervido voto se cumplió. En el umbral de la muerte el caballero herido, sonriente y con el índice en los labios, epilogaba su cordial historia.

Pero si tan altas virtudes—indulgencia, cortesía, lealtad, desinterés, entereza y consecuencia perenne entre acción e ideal—ornaron al ejemplar sujeto humano que hoy desaparece; no menos refulgieron en esplendoroso nimbo en torno a su figura los atributos del intelecto.

bajar, en un ápice, la dignidad humana, pasó, entre hombres e instituciones, rodeado del general y acatador respeto que impone el puro y el bueno.

Trascendía su hidalguía en señorial finura. Personificaba la finura Pablo González Casanova. Finura en el saludar; finura en el hablar; finura en el obrar. En fausto y abundancia se había mecido su cuna; y—caso extraño, por tan poco usual!—la pobreza que le acompañó buen trecho de su existencia, jamás borró en él un ademán, un modo de ser interesante de gran señor. Olvidaba sus penas para dolerse de las de los demás; ahogaba sus tristezas para no causar desentono en la ajena alegría.

Justamente—y permitaseme que

En la Muerte de...

Viene de la tercera plana

hay pan, no hay tiempo; cuando hay tiempo, no hay pan".

Volvió Pablo los ojos al periodismo; al periodismo y a la enseñanza: únicos refugios aquí asequibles al pensamiento. Ha consagrado a ellos lo mejor de sus años. Su sólida, su maravillosa cultura, hermanando con su alteza espiritual, le servía, le fortalecía, le tonificaba, le utilizaba, al volver los ojos al panorama social para convertirse—invariablemente—en abogado de toda buena causa. Luchó por la libertad, luchó por la justicia, luchó por los fueros del espíritu, envolviéndose en la túnica del prócer que jamás olvida y siempre sirve los destinos patrios.

Allá queda, inconclusa, la grande obra que el sabio, en sus veladas, elaboraba en la quietud de su estudio, amurallado de libros. Dispersos en periódicos y revistas, los escritos que en prosa robusta realizaban el desposorio de la sabiduría con el bien. En nuestras almas, la congoja del amigo muerto, y el culto y el símbolo del hombre para quien, en las vicisitudes de la vida, fué extraño todo cuanto no se resolviese en suprema belleza moral.

Carlos GONZALEZ PEÑA

Por la Muerte de Casanova. ¹⁷⁸

Sólo en un caso pesa como un castigo la tarea de escribir: cuando se trata de hacer pública una noticia tan dolorosa como la desaparición de un compañero que lo fué en la más amplia acepción del vocablo, con el cerebro siempre vigilante y con el corazón entre las manos generosamente abiertas para todos.

Ha muerto Pablo González Casanova. ^{(178) 13}

La breve frase, terrible en su laconismo, ha llegado por el hilo del teléfono en las primeras horas de la noche, hasta la redacción, y va inmovilizando de asombro a cada uno de los camaradas del escritor que conquistó afectos perdurables, en el trato diario, con su sonrisa comprensiva, con el comentario sagaz, con el consejo destilado sabiamente, a través de la experiencia acumulada en largos años, en los que se entregó con nobleza al estudio y a las actividades del magisterio y del periodismo.

En las horas de prueba, Pablo González Casanova demostró ampliamente su hombría, su valor civil, su entereza sin jactancias; con el mismo sereno equilibrio que imperó en su vida, en la que brillaron como características aquellas cualidades, unidas a su gentileza de hombre bien nacido, que supo aprovechar los dones que le brindó la existencia, para distribuirlos entre sus amigos y familiares, con la gentileza de un caballero.

La dura nueva de su desaparición nos hiere más profundamente y nos parece más increíble, porque sólo unos cuantos días dejamos de verlo, de escucharlo y de cambiar con él saludos cordiales. En el jubileo del maestro Antonio Caso—que le dedicó merecidas frases de elogio en su discurso,—compartimos el pan y la sal; más tarde estrechamos por última vez su mano, llena de vida aun, y hace pocas horas creímos en una aparente mejoría

del padecimiento que en una semana pudo aniquilar su naturaleza, en plena madurez vigorosa y optimista.

Hace dieciocho años conocimos a Pablo González Casanova, recién regresado al país, después de perfeccionar y completar en las universidades europeas, principalmente alemanas, los estudios iniciados en su natal Yucatán. Sus vastos y sólidos conocimientos de lingüística—dominaba el latín, el griego y todas las lenguas vivas; hablaba diversos dialectos indígenas y conocía varios idiomas de pequeños países que apenas se encuentran en el mapa—de Etnografía, Arqueología, etc., llamaron la atención de don Manuel Gamio, quien por entonces se hallaba al frente de la Dirección de Antropología en la Secretaría de Agricultura y Fomento.

Las dotes, difícilmente superables en nuestro medio, del filólogo González Casanova, fueron debidamente aprovechadas en la parte relativa de la monumental obra "La Población del Valle de Teotihuacán", que apareció, editada por aquella Secretaría algunos años después, y al mismo tiempo que en algunos diarios y revistas de la capital comenzó a figurar su nombre al frente de interesantes estudios folklóricos, en la revista "Ethnos" que fundó y dirigió el mismo doctor Gamio.

Con su puesto de profesor, pasó más tarde al Museo Nacional, al transformarse aquella Dirección en el actual Departamento de Monumentos Arqueológicos, dependiente de la Secretaría de Educación Pública, y allí prestaba importantes servicios hasta el momento de caer enfermo, como puede verse por los trabajos que aparecieron en las publicaciones del Museo, preferentemente en los "Anales" de dicha institución, y que fueron siempre solicitados con interés desde el extranjero y frecuentemente merecieron los honores de la traducción a otras lenguas.

Cuando la Universidad Nacional de México entró en su vida autónoma, Pablo González Casanova, que había respirado el ambiente de varias universidades europeas—desde las de Alemania hasta la famosa de Coimbra—y que era, a pesar de su modestia, uno de los universitarios de mayor valía en México, le prestó valiosa ayuda, como maestro, desde cátedras que nadie estaba mejor capacitado que él para desempeñar, y como efectivo Consejero.

A su iniciativa, que halló eco e impulso en Mariano Silva y Aceves, se debió la fundación del Instituto de Filología. Representó a México en varios congresos en el extranjero, y sustentó eruditas conferencias.

Apoyó, hasta su establecimiento, la formación del taller de imprenta de la Universidad, de cuya cooperativa de obreros formó parte, durante el año próximo pasado y al mismo tiempo, como jefe del Instituto de Lenguas, guió la enseñanza de idiomas en las Facultades y Escuelas, y tuvo a su cargo importantes cátedras en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad. Renunció a esos cargos, poco antes de que lo hiciera, como Rector, el doctor Fernando Ocaranza, en septiembre de 1935, y desde entonces vivía dedicado únicamente a sus investigaciones en asuntos lingüísticos y folklóricos y a su labor de periodista en EL UNIVERSAL, donde el hueco que deja, como escritor sereno y ponderado, dueño de excelente estilo y sólidamente preparado, no podrá llenarse.

El actual Rector de la Universidad, licenciado Luis Chico Goerne, al tener noticia hace tres o cuatro días de que Pablo González Casanova se hallaba enfermo, por gestiones amistosas en las que intervinieron José Barros Sierra y el licenciado Salvador Azuela, acordó que se le hicieran efectivos los sueldos de que disfrutaba en sus puestos universitarios desde septiembre próximo pasado a la fecha. Este acuerdo había sido confirmado ayer, poco antes de que González Casanova muriera, ignorándolo.

Deja el gran escritor y amigo una obra considerable, dispersa en diarios y revistas, que le había llevado con justicia a la Academia Mexicana de la Lengua, correspondiente de la Española y que él esperaba ver reunida en volumen. Esta será la mejor herencia, para la esposa ejemplar y los hijos que prolongarán su nombre: el de un hombre, a la vez sabio y honrado.

A quienes tuvimos la suerte de contar con su amistad, el recuerdo de González Casanova nos acompañará, imborrable, porque era de los que sabían elogiar sin reservas, defender al ausente de cargos injustos, proteger a los débiles y ayudar al que iba en busca de su protección y amparo.

Por todo ello, Pablo González Casanova seguirá viviendo en la me-

A PUNTA DE LAPIZ

UN HIDALGO

179 12
Por FIGARO

"Sepulturero: ¡un punto! que este muerto es mi amigo, y vengo solamente para decirle adiós!...)"

FONTAURA XAVIER.

No debíamos haber esperado la muerte de Pablo González Casanova para hacer su elogio. Es un caso de hombre bueno e ilustre, como quedan ya pocos. Su bondad era tan grande, que puede decirse que jamás habló mal de nadie. ¡No hablar mal de nadie, cuando es el sport favorito, el único que puede distraernos en esta época de traiciones mutuas, de prevaricaciones y de bajezas!

Digo que no debíamos haber esperado la muerte de Pablo González Casanova para hacer su elogio. Pero la sepultura está abierta y el enterrador no espera. Hay que decir algo antes de que caigan las primeras paletadas de tierra. Después vendrá el olvido, que empareja todo con democrática regularidad. Sin embargo, el hombre que acaba de morir no es de los que se olvidan fácilmente. Dotado de una clara inteligencia y de un espíritu exento de toda vulgaridad, ocupaba un lugar distinguido en la intelectualidad mexicana. Era un representante de la parte buena de esa intelectualidad; aún más: de lo mejor. Con una rara capacidad para el aprendizaje de idiomas, cosa no extraña en los yucatecos de descendencia maya, Pablo González Casanova se había dedicado desde muy joven a la filología, estudio que perfeccionó más tarde en las Universidades de Alemania. Era un lingüista por vocación y podía contarse entre los mexicanos mejor versados en esa rara ciencia. "Catorce lenguas", le llamábamos aquí, familiarmente, aun cuando sabía más y podía callar en todas ellas, para escuchar su armonía interior. Le intrigaban los idiomas muertos y sus raíces, que había estudiado a fondo. Se preocupaba por

salvar, coordinando, los últimos restos de las lenguas indígenas de la República, de las cuales deja varios tratados incompletos. Se interesaba, además, por los idiomas orientales, el chino, el japonés, el malayo, etc. Ninguna lengua, por exótica que fuese le era extraña. Fué el primero que estableció la cátedra de ruso en la Universidad Nacional, cuando desempeñaba el puesto de director de la Facultad de Filosofía y Letras. Gran amigo de etimologías, de léxicos, de todo aquello que se relaciona con la semántica, gastó su tiempo—que por lo demás no se ha perdido—, en el estudio de estas cosas tan áridas y tan difíciles, en lugar de dedicarse a la cómoda y reconfortante tarea de hacer dinero. En vista de ello González Casanova muere en la pobreza, dejando a su familia desamparada. No se vive de raíces griegas ni se defiende el cuerpo contra el frío con "semas y semantemas". Pero la gloria es pobre casi siempre. González Casanova fué un gran luchador, al mismo tiempo que un caballero cumplido y un gran amigo. Cosas son éstas que no siempre andan juntas. Pero su organismo se hallaba minado por una terrible enfermedad nerviosa, que lo había reducido casi a la impotencia. La batalla que hay que sostener para seguir siendo honrado y noble frente a las necesidades urgentes de la vida, lo había destrozado últimamente y se encontraba lleno de desilusión. El espectáculo de la lucha social lo enervaba. Se había refugiado en su trabajo y en sus estudios, cuando le llegó el momento de la reintegración. ¡Que su espíritu inquieto, descanse, al fin, para siempre! Mas, antes que sabio y filólogo no debemos olvidar que era caballero. Caballero de la orden antigua, que se extingue rápidamente. Por eso, en lugar del título que habíamos pensado colocar en su tumba, pondremos este, que es más propio: Pablo González Casanova, Hidalgo.

FIGARO.

He tenido ocasión de admirar el arte sutil y exquisito de Zavaleta, el arpista insuperable. Su perfecta musicalidad no necesita elogios porque se impone a nuestro espíritu desde el primer momento. Es el caso que estos maestros poseen un don especial: no sabemos que hay en su manera de tocar, en el sonido que producen, en los imponderables matices que obtienen en ese subrayar la línea melódica y el ritmo interno de la composición, que inmediatamente nos sentimos ante algo extraordinario y único, nos recogemos en nosotros mismos y nos abandonamos a la magia de la belleza que nos ofrecen.

Un programa es también una obra de arte, su formación nos dice mucho acerca de la personalidad espiritual del ejecutante, que, por medio de él, se comunica con nosotros y nos da a conocer su credo estético. Los de Zavaleta son impecables en las dos primeras partes; en la tercera, el arte puro se ve en trance de hacer concesiones al gran público, y la técnica como valor autónomo desequilibra un tanto la belleza del conjunto. No hace muchos días, un pianista ruso que goza de grandes simpatías entre los maestros y aficionados de México, ejecutó en Los Angeles un programa vulgar que comenzaba con la Tocata fuga de Bach-Buzoni y concluía con la sexta rapsodia de Liszt. En la parte media figuraban únicamente obras de Chopin, precisamente las que hemos oído hace más de veinte años con asistencia desesperante: aparecen en los conciertos de los pianistas como Aída y Rigoletto en los prospectos de las Compañías de ópera. Me abstuve de asistir al concierto porque de antemano sabía que nada nuevo iba a aprender o a sentir. Con Zavaleta sucede otra cosa: sus programas son severos, salvo lo ya dicho, ricos en enseñanzas y nos hablan favorablemente de la enorme musicalidad y la comprensión estética del ejecutante.

Es interesante y revelador de una profunda ideología en la madre patria que Zavaleta, lo mismo que Segovia, Iturbi y los Aguilar, se hayan presentado ante nosotros como restauradores conscientes del arte clásico y de los tesoros desconocidos que contienen las obras de los clavecinistas. No importa que otros antes de ellos hayan tocado también a Bach, Mozart y Scarlatti, porque no basta ejecutar e interpretar a los clásicos para revelar las bellezas auténticas que encierran sus composiciones, el ver-

dadero sentido y la filosofía que sirve de base a un arte tan puro. Hace muchos años que creíamos conocer la música de esos grandes creadores, incluso la de Beethoven, hasta que vino Iturbi y le sucedieron los ya citados maestros, y entonces tuvimos que reconocer humildemente que habíamos vivido en las sombras, que creíamos conocer y no conocíamos, que creíamos comprender y sentir y nos engañábamos a nosotros mismos. Tomábamos las apariencias por realidades y se nos escapaban los secretos más íntimos de esas obras.

Zavaleta en el arpa, lo mismo que Arrau, Gieseking e Iturbe en el piano, nos han mostrado la belleza inefable, la sencillez profunda, el equilibrio maravilloso y la sólida construcción del arte clásico, al lado del cual los románticos nos parecen enfáticos, exaltados, henchidos de sí mismos, embriagados de su propia personalidad y pasiones y, por ende, incapaces de elevarse a las grandes alturas del heroísmo sereno y fuerte, del dolor que sabe hablar olímpicamente, de la alegría santa que obedece los imperativos de la razón soberana. Esos prodigiosos artistas ejecutaban una breve composición, pongamos por caso, un preludio de Bach, y parecen decirnos: mira esta joya, es pequeña, la creíamos insignificante y, sin embargo, en sus múltiples facetas admirablemente pulidas, se refleja el universo entero y ella es como símbolo en el cual puedes encontrar expresadas tus tristezas, tus aspiraciones profundas, tu sed de equilibrio mental, tu deseo de ascender a la contemplación de una vida superior. Mercé a ellos nos

sentimos transportados al mundo de los valores trascendentes, de que nos habla la filosofía moderna, inespaciales e intemporales, que, como las Ideas de Platón, viven en las esferas de la eternidad y sólo se ofrecen a los que tienen el don mavarilloso de captarlos, de sentirlos en la integridad de su esencia.

Los maestros de composición nos dirán en qué consiste una fuga, qué partes tiene y cómo se desarrolla, pero sólo al escuchar a los artistas superiores sentimos y comprendemos que los clásicos son insuperables, que la estructura formal de la fuga no es sino el medio material de que se sirve la Idea, el alma, del mundo, para proyectar sobre nosotros un rayo que nos descubra una pequeña parte del reino de lo absoluto.

La emoción musical más refinada es, como el sentimiento religioso, difícil de realizarse. Requiere condiciones especiales de lugar, estado de ánimo, preparación y ambición. Desgraciadamente la mayor parte de los conciertos que tienen verificativo en México son poco propicios a ella. El auditorio asiste con un sentimiento de mundana frivolidad. Algunas personas llegan después de concurrir a las corridas de toros, otras tienen en perspectiva la próxima lucha de box, una tercera parte, la más constante, ve en las fiestas de arte la manera de llenar horas vacías, y escucha con pasmosa conformidad y aun con aplauso, las mayores herejías y los más grandes desaciertos. Lo mismo se entusiasma con un Gieseking que con un principiante de cuarto año, aunque este último cometa faltas de ejecución e inter-

pretación incalificables. Es, en verdad, extraordinaria la dura resistencia de esa parte del público en eso de aprobar las mayores infamias artísticas y de asistir pacientemente a conciertos ramplones. Agréguese, nuestra tradicional informalidad, lo dilatado de los entreactos, la parsimonia con que los profesores de orquesta se sientan y esperan al director que siempre llega retrasado, aunque menos retrasado que el público, que llena los salones una hora después de la señalada en los programas. En el caso de Zavaleta, hay que hacer mención de las pésimas condiciones de la sala de conciertos del Palacio de Bellas Artes, donde se acumula la respiración, el calor y la presión espiritual de cerca de quinientas personas, en apretada reunión. Nunca como entonces aparece claro que las almas pesan, gravitan las unas sobre las otras, se oprimen y hieren espiritualmente. El ejecutante pierde en parte el dominio de sí mismo con tal proximidad absurda, y ese calor de invernadero. En algunos momentos el sudor empapa su frente y sus manos no tienen ya completa seguridad de ejecución. Por último, no olvidemos que el mundo de los maestros de la música está saturado de envidias, vanidades absurdas, malas voluntades, política egoísta e intrigas de baja condición. Todo esto se siente flotar en el ambiente. Ciertamente que los rostros no pierden la compostura y las apariencias se respetan, pero una mirada aquí, y otra mirada allá, éste o aquel detalle, nos demuestran que la atmósfera está cruzada por fulgores extraños que atraviesan los corazones y las mentes. ¿Cómo ha de ser posible que en tales condiciones nazca la emoción estética profunda, auténtica, la que tiene poco que ver con el consabido aplauso final que se prodiga, lo mismo a los excellosos que a completas nulidades? Hace poco oímos a un pianista que cometió graves faltas tocando a Liszt y, no sabíamos qué admirar más, si su audacia o la inmensa benevolencia del público (¿ignorancia?) que lo aplaudió frenéticamente y lo hizo bisar. (180) 14

Tengo para mí que cada día que pasa es más difícil producir en nosotros la emoción estética pura, acudiendo a estos conciertos. Claro está que nada más fácil que aceptar el arte como una diversión, como algo superficial y mundano, pero lo otro, lo que nos llega a las entrañas, lo que exalta nuestro ser más profundo, lo que revela la existencia en aspectos desconocidos y de fisonomía religiosa, esa emoción sublime difícilmente brota en las circunstancias que he mencionado. Por mi parte, prefiero gozar

la intimidad, como lo he hecho escuchando en casa a Iturbi, Arrau, Gieseking, los Aguilar y Segovia. El ambiente es sereno, el silencio completo, la concentración profunda, el milagro se realiza entonces naturalmente, porque todo es propicio a él. La música nos parece entonces como una conversación íntima en la que los grandes compositores nos hacen confidencias sorprendentes. Podemos ensimismarnos y dar libertad a nuestro yo, permitirle que sueñe y vuele por mundos imaginarios, que, no obstante, tienen una realidad que nos conforta y alivia de la terrible fealdad del medio ambiente. Las imágenes e impresiones cotidianas desaparecen, y en su lugar surge la potencia infinita de sentir, de gozar y sufrir, de soñar y de vivir la vida espléndida de la belleza superior, más allá e inefable. (180) 14

E. PALLARES.
México, D. F., Marzo de 1936.

LAS FUERZAS DEL MAL

151
15 Por EDUARDO PALLARES

Diffícilmente depuran un régimen los hombres que están en el poder. Numerosas fuerzas se oponen a ello en el estado actual del progreso humano y todo nos obliga a ser pesimistas. Las cosas continuarán como hasta ahora han sido y el régimen revolucionario no sabrá ni podrá cortar el cordón umbilical que lo mantiene unido a un pasado de violencia.

En torno del poder hay muchos intereses creados, fuertes elementos que presentan obstinada resistencia a una transformación profunda y saludable. Además, el pasado gravita sobre el presente y no es nada fácil libertarse de 21 años de revolución permanente. Los mejor intencionados fracasan en una labor de depuración, y las fuerzas del mal continúan gozando su triunfo insolente. Ante ellas nos sentimos débiles y pequeños, como si tuviéramos enfrente de nosotros una complicada organización de acero que nos rodeara por todas partes y nos impusiera su ley. ¿Qué hacer para destruir las mallas de esa maldita red que nos envuelve? Penetramos en el fondo de nuestra conciencia y encontramos una sola respuesta: Impotencia. Nada serio y eficaz podemos hacer para aniquilar a las fuerzas del mal. La muralla que han levantado es invulnerable.

¿Los hombres del gobierno podrán hacer más? ¿Podrán realizar la soñada y gloriosa transformación? No lo creemos. Ante todo, necesitan sentir hondamente la necesidad de esa transformación, percibir en toda su fuerza los reclamos de la opinión pública, y nada nos asegura que su conciencia exija imperativamente un cambio completo en el orden actual. Es cierto que ellos ven este orden de cosas fundamentalmente satisfactorio, y tan sólo malo en sus detalles, en materias de segunda importancia. ¿No son acaso, hijos del mismo régimen? ¿No han sido educados en el medio social-político que está pidiendo a gritos un redentor? Natural es que sean optimistas y, con una venda en los ojos, continúen el camino trazado por sus mayores, por quienes los precedieron en el goce del poder.

Por otra parte, no es tan fácil decir: "hasta aquí" a los que nos han servido de apoyo para triunfar políticamente. Las deudas políticas son muy onerosas y no se saldan en muchos años; se parecen a esos capitales irredimibles que producen réditos indefinidamente. ¿Cómo hacer para imponer nuestros puntos de vista a los que nos sostienen, cuando no piensan lo mismo que nosotros y tienen intereses en contrario que defender? La dificultad es invencible mientras la gran masa social no apoye la obra de salvamento y redención, y ayude a expulsar del régimen a quienes lo explotan y desprestigian; pero la masa social es inerte, lleva en su sangre la más espantosa pasividad, y ha sido educada por sus amos tradicionales, para obedecer y callar. ¿Cómo ha de servir para operar el milagro de la redención social? No tenemos fe en ella, porque conocemos su historia, y sabemos que sólo realiza las revoluciones que ponen en libertad las fuerzas primitivas y permiten el pillaje y el abuso. La masa no sabe luchar por transformaciones culturales elevadas y difícilmente se aparta de fines elementales: conquistar el pan, arrebatar la tierra,

escalar el poder, para más tarde abusar y oprimir. Tal es la ley de la estirpe, fuerte como un diamante, y contra la cual toda lucha parece estéril.

En todo caso, creemos evidente que para salir del estado actual de cosas, las medidas de conciliación y transformación lenta, no conducen sino a resultados negativos. Se

ha llegado a un punto tal, que los compromisos con las fuerzas del mal son un crimen. Con el cáncer no es posible arreglo alguno; o lo extirpamos o sucumbimos en breve tiempo. Lo que tenemos a la vista son cánceres sociales que necesitan ser extirpados con rapidez. Contra ellos nada pueden la diatermia ni los paños calientes, y es bueno re-

cordar que hace años están envenenando a la República entera! ¿Cómo permitir que continúen haciéndolo? Sucede con las naciones lo que con los individuos: no se redimen poco a poco, lentamente, sino mediante un proceso de honda exaltación y rápida ejecución. Las conversiones morales son como relámpagos que iluminan los abismos de la conciencia y producen una conflagración violenta. El hombre viejo debe morir y en su lugar abrirse paso el hombre nuevo; pero la muerte no significa transacción, sino aniquilamiento, y por eso San Pablo dijo: si no moriréis no naceréis a nueva vida. pero ¿podremos alentar la ilusión de que los procedimientos primitivos, el espíritu azteca dejen de ser instituciones consagradas por el uso y la fuerza? Semejante milagro sería contrario a la ley de causalidad social, que quiere que nada acontezca en este mundo sin sus antecedentes necesarios que le sirvan de apoyo y fundamento. El mal engendra el mal, el bien engendra el bien ¿cómo entonces las fuerzas del mal han de operar la milagrosa redención? Ayunos de propaganda cultural, sumergidos en una vida frívola y utilitaria, atentos al bienestar material, educados en la vieja escuela de la sumisión sin límites, los individuos que forman la generación actual no serán quienes realicen el prodigio. En todo caso, es necesario que la transformación sea preparada por una amplia prédica espiritual, que penetre en las conciencias juveniles, y les muestre en su espantosa desnudez los males presentes, y les inyecte rebeldía y una ansia profunda de librar a la nación de su ignominia. La generación de hombres maduros está demasiado gastada y corrompida para esperar nada de ella; la de los ancianos, sólo desea el reposo y el olvido. La única que puede redimir a la patria de su nefanda historia política, es la generación joven, que tiene el porvenir ante sí, y que debe salvarse de la general abyección, pero necesita ser orientada para que no incurra en los mismos pecados en que cayeron sus mayores y, sobre todo, para que no sea tragada por esa ola de corrupción que tantas existencias ha devorado. Necesitamos salvar a la juventud, para que en última instancia salve a la patria.

Para luchar contra las fuerzas del mal debemos salvar a la infancia y a la juventud. ¿Cómo hacerlo? Educarlos de tal manera que en ellos muera el hombre viejo, el de las generaciones pasadas, y nazcan a nueva vida. Debemos enseñarles a despreciar, y, si es preciso, a odiarlo por todo lo que tuvo de vituperable, violento, primitivo y bajo, por la miseria de sus falsos ídolos, por sus apetitos salvajes, por sus ambiciones desmedidas, su sed insatiable de opresión y dominio; que los jóvenes procuren emanciparse de esa tradición y purificar su sangre de la herencia homicida que sus ancestros les transmitieron, sin hacer excepción de personas, de partidos ni de credos políticos; que finalmente, se eleve a la concepción y práctica de una vida más civilizada, más culta, más humana, exenta de odios, prejuicios estúpidos, pasiones trogloditas y opresiones seculares. Si la patria puede salvarse, sólo ha de serlo por las nuevas generaciones. Ayudémoslas a que realicen tan grande empresa.

La Emancipación del Proletariado

Por EDUARDO PALLARES

No conozco persona alguna que tenga el valor de denunciarse públicamente como enemiga de la emancipación económica y moral del proletariado. Los espíritus más conservadores reconocen la necesidad de esa emancipación. Donde comienzan las diferencias y las discusiones, es cuando se trata de determinar y precisar cómo ha de llevarse a cabo.

México atraviesa un estado espiritual patológico en el que los problemas político-sociales no pueden verse ni apreciarse sino bajo el prisma de los procedimientos revolucionarios. Hemos vivido tantos años respirando esa atmósfera de hechos violentos y actividades audaces, que no podemos concebir que la vida colectiva se desenvuelva de otra manera, ni podemos imaginar que existan otros procedimientos y métodos políticos que los llamados radicales, o sean los que proceden de dicha mentalidad social patológica. Nuestro estado moral es semejante a una colectividad en la que todos fuesen jorobados y que por serlo no pudieran imaginar una sociedad en estado normal, con la columna vertebral derecha. Si en esta colectividad, alguno tuviese la osadía de predicar la normalidad, de seguro no tendría eco ni sería comprendido; en todo caso, los demás seguirían siendo jorobados.

Por mi parte, no veo que haya una relación necesaria e ineludible entre la emancipación del proletariado y la consagración, como método político-social, del atropello, la ilegalidad y el abuso. ¿No es posible la redención social de los pobres sino acudiendo a procedimientos atentatorios? Es preciso no tener fe alguna en los principios de la moral y la justicia, para contestar negativamente esta pregunta. No vemos por qué el hombre ha de ser tan canalla que sólo admita la

justicia cuando le sea impuesta brutalmente, con violación de los principios que aconsejan la equidad y la razón misma.

Miramos en torno de la República Mexicana y encontramos que es mucho mayor el número de las naciones en las que ha sido posible ayudar y redimir parcialmente a los proletarios, sin necesidad de convertirlas en centros de barbarie y de abusos incalificables. Inglaterra, por ejemplo, donde se inició el movimiento laborista y nacieron los sindicatos, el derecho de huelga, etc., no ha necesitado vivir en estado de revolución permanente, ni cuenta entre los héroes de ese movimiento a bandidos consagrados ni asesinos de primer orden. Lo mismo podemos decir con respecto a los Estados Unidos, Suiza, Bélgica, Canadá, etc. Ciertamente existen profundas diferencias raciales, históricas y de tradición entre esos pueblos y el nuestro; pero precisamente de lo que tratamos es de que México se emancipe algún día de sus estigmas de raza, de educación y de tradición política; que forme en las nuevas generaciones una mentalidad sana y normal, limpia de los errores y prejuicios que se mantienen actualmente y han mantenido en el pasado, una vida primitiva y semi-

salvaje. Sólo cuando dé de barato esos prejuicios y errores podrá iniciar su evolución espiritual verdadera; entretanto, está trabajando para las fuerzas del mal. He aquí algunos de esos prejuicios y errores que quisiéramos desapareciesen para siempre de la conciencia nacional:

a) México necesita de caudillos militares con derecho a obrar más allá de la ley y de la justicia.

b) Los procedimientos revolucionarios han de ser permanentes y fuera de la ley, para ser eficaces.

c) El progreso social y de modo especial la emancipación del proletariado sólo pueden realizarse mediante el atropello y la ilegalidad.

d) El progreso social es incompatible con la democracia y las instituciones liberales.

e) Hay que esperarlo todo del gobierno y nada o muy poco de la iniciativa individual.

f) Sólo deben gozar de los derechos del ciudadano los que forman parte del grupo político que está en posesión del poder.

g) Es imposible en México la pluralidad de partidos políticos; sólo puede existir uno, el que está con el Gobierno.

h) La justicia de los tribunales ha

de estar encadenada necesariamente a los imperativos de la política.

j) Para progresar es necesario destruir las instituciones pasadas; no es posible la solidaridad progresiva del pasado con el presente.

k) Para emancipar al proletariado es necesario consentirle todos los abusos y atropellos que quiera cometer.

l) La cultura moral vale poca cosa; lo importante es la posesión de las riquezas.

m) Es imposible colaborar con el gobierno y tener una conciencia libre.

n) Sólo los revolucionarios tienen derechos políticos.

ñ) El Estado es omnipotente; no se le pueden señalar límites a sus poderes.

o) La inmoralidad política puede ser permanente sin que por ello sufra el porvenir de México.

p) Los intereses del proletariado están en pugna con los intereses de la sociedad en general; en caso de conflicto, deben prevalecer los intereses del proletariado y sacrificar los de la sociedad en general.

q) Para emancipar al proletariado es necesario educarlo dentro de sentimientos egoístas y antisociales; enseñarle que primero es él, luego el y siempre él.

r) Las clases capitalistas no producen ni sirven para nada; la divinidad social es el proletario.

s) Los intelectuales, inventores, organizadores de empresas son inferiores al proletariado; no merecen la ayuda del Estado.

t) Los enemigos de la revolución son enemigos de la patria.

u) La única concepción justa y racional de la vida social es la concepción revolucionaria; todas las demás son ridículas, injustas y disparatadas.

v) La suprema ciencia política es la ciencia revolucionaria.

y) Es imposible en México una vida dentro de la constitución y la legalidad.

No debo concluir sin confesar que la tarea más difícil que puede imponerse a un pueblo es la de despojarse de sus estigmas raciales y de los principios que ha heredado de su historia y tradiciones.

EDUARDO PALLARES

CALUMNIA, QUE ALGO QUEDA

Por el Gral. GABRIEL GAVIRA

Las revoluciones, que casi siempre estallan cuando el movimiento evolutivo se detiene, al cambiar radicalmente los hombres y los procedimientos, inevitablemente producen lesiones profundas, que los hombres afectados, rencorosos, no están dispuestos a perdonar y, a falta de otra más eficaz y satisfactoria venganza, se dedican, con perseverancia digna de mejor empleo a la ingrata tarea de desvirtuar la historia, desfigurando los hechos, con la intención de empequeñecer la estatura de quienes con su esfuerzo lograron dominarlos.

Eso pasó, a partir de Mirabeau, con los hombres que encabezaron la Revolución Francesa; desollados sin piedad, ferozmente, por los historiadores realistas, en su empeño mixtificador, tendiente a presentar como verdaderos monstruos a Dantón, a Robespierre y a tantos otros, que estuvieron muy lejos de serlo.

Felizmente la verdad se abre paso, a través del tiempo, por aquello de que el sol no se puede tapar con un dedo.

Con la Revolución Mexicana se está operando el mismo fenómeno; los escritores revolucionarios, que han sido actores en el movimiento armado que destruyó el régimen anterior, han comenzado a publicar, en distintas formas, los episodios de la lucha, en los que se encontraron presentes, coadyuvando así a la formación de la historia de la Revolución, que otros, después escribirán.

Sus escritos, como está indicado, forzosamente tienen que dar lugar a rectificaciones, para aclarar errores de apreciación o de precisión por falta de memoria; rectificaciones que generalmente se hacen en periódicos serios que, como EL UNIVERSAL, publica sin quitar ni poner, los artículos del pro y del contra. Eso está en lo justo.

En algunos semanarios, de poco tiempo a esta parte, han comenzado a publicarse artículos de la clase de los que nos venimos ocupando, que proporcionarán al público lector detalles amenos e interesantes, algunos desconocidos, que vale la pena conocer.

Pero, una de esas publicaciones, con una audacia y una falta de honradez desconcertantes, ha iniciado una labor de escándalo, consistente en que algunos de sus redactores, aparentando hacerlo solo en colaboración, publiquen artículos sensacionales por la desvergüenza que en ellos campea, pretendiendo empequeñecer a los altos representantes de la Revolución, presentándolos llenos de ruindades y de miseria; utilizando al efecto hasta las malas fotografías para hacerlos aparecer como descuidados e incultos.

Al general Alvaro Obregón; al invicto y más alto exponente militar que hemos tenido, han preten-

dido oponerle al general Francisco Murguía; no por amor a la verdad, ni porque les importe un ardite el prestigio, grande por cierto, del último, sino con la intención de ir reduciendo poco a poco la gloria militar del primero.

Voy a poner aquí algunos de los puntos tratados por el semanario a que aludo:

El redactor asegura:

"EL GENERAL OBREGON TRIUNFA EN CELAYA, PORQUE SUS GENERALES MURGUIA Y CESAREO CASTRO, DESOBEDECIENDO SUS ORDENES, CARANGAN SOBRE EL ENEMIGO, LO FLANQUEAN Y LO DERROTAN DESASTROSAMENTE".

¡Mentira! le gritan por todas partes; Murguía no tomó parte en las batallas de Celaya por encontrarse en Michoacán y don Cesáreo no pudo llevar el mando de las caballerías por estar enfermo.

El redactor sigue:

"VILLA ORDENO AL GENERAL PRIETO OCUPARA EMPALME GONZALEZ, PARA QUE IMPIDIERA LA LLEGADA DE LOS ELEMENTOS QUE DE VERACRUZ LE ENVIARIA EL PRIMER JEFE AL GENERAL OBREGON; PERO PRIETO NO CUMPLIO, SIN DUDA, POR HABER RECIBIDO UN CAÑONAZO DE A CINCUENTA MIL PESOS, QUE AL DECIR DEL GENERAL OBREGON, NO HAY GENERAL QUE LO RESISTA".

EL HOMBRE

Fragmento de un Estudio que Formará Parte de un Libro que se Publicará en Honor del Maestro

Por ISIDRO FABELA

CASO es un hombre fuerte porque vive una vida ideal que nadie tuerce ni modifica.

Su espíritu exquisito adquirió valor al enraizar en sus nobles ideales: la verdad, el bien y la belleza, las enhiestas banderas de su gran patria interior.

Buscando la verdad, por ilusión y convencimiento, sembrando el bien con sus enseñanzas en medio a una gran cordialidad docta y risueña, y amando lo bello, se ha pasado la existencia este pensador artista que iluminara con su antorcha apostólica la senda espiritual de varias generaciones mexicanas que lo respetan y admiran con el corazón en la mano.

A Antonio Caso no lo han apartado de su senda, ni el amor mundano, ni la política, ni la diatriba, ni la ingratitud, ni la maldad, ni la penuria.

Amador ferviente en varios episodios de su vida; amador del amor porque "en él reside el bien del hombre" y porque según Tolstoy "el principio del amor es el estado más racional y más luminoso, más calmado y alegre que existe, el estado propio de los niños y de los sabios"; jamás aventuras ni amores apartaron a Caso de su triple fe: la verdad, el bien y la belleza.

La política ha llamado a las puertas de su interés material para hacerlo senador, ministro, poderoso. Caso ha rehusado sin reflexionar, sino con urgente apremio, tales incitaciones, porque no ha podido si quiera imaginarse cómo sería él, estadista.

Caso político habría falsificado su vida, porque se habría apartado de su vocación, de su apostolado, es decir, se habría apartado de sí mismo, se habría engañado a sí mismo y él no sabe engañar a nadie, ni por conveniencias colectivas, ni por necesidades de Estado. Porque la verdad es el aire de su espíritu, la norma esencial de su carácter.

Además, quien honradamente se dedica a los negocios públicos debe renunciar a los suyos propios, y para el maestro no hubo poder político, ni honor gubernamental que lo hubieran apartado un día, ni un instante de su eterna religión que son sus libros, de su sólido pedestal que es su cátedra donde tuviera el procerato entre una aristocracia intelectual que lo respetó y amó entrañablemente. Elite intelectual que ahora lo admira mucho más, fuera de las aulas, porque comprendió y estima sus sagradas rebelías

y porque se contrista al verlo partir y alejarse del mundo universitario donde palpitan y florecen sus ideas y donde su ejemplo puritano recordárase como símbolo de amor, de desinterés y de sabiduría, donde su nombre se mencionará con orgullo cuando se quiera definir a un hombre libre.

La ingratitud, la maldad, la inverecundia, lo han atacado y pretendido al considerarlo como un hombre del pretérito, un inadaptado a las nuevas ideas, un reaccionario, cuando no fuera sino un gallardo paladín de la libertad de cátedra y de la auténtica autonomía universitaria.

¡Caso un hombre de ayer; Caso preferido! ¡Qué vergüenza para los ingratos!

El maestro, es cierto, fundó en el pasado su robusto porvenir, que es ahora su presente, pero es un cerebro de todos los tiempos, que ha venido estudiando y revelando a sus discípulos las transformaciones del pensamiento humano desde Aristóteles y San Agustín hasta Bergson y Worms.

El conoce las últimas obras de las flamantes filosofías. Estudioso constante y acérrimo, siempre tiene en sus doctas manos el último libro del postrer maestro.

Si hay un espíritu siempre renovado y alerta es el suyo. La antena eminente de sus 50 años liberales y cultos puede captar mejor que muchos jocundos iconoclastas las ideologías de última hora y podría impartirlas mejor que ellos porque es el talento más preclaro de nuestras aulas, el cerebro más bien nutrido de nuestros paraninfos.

No es un reaccionario: no trata de que el pasado rija el presente; no quiere hacer de su ayer su hoy —característica reaccionaria—. El anhela vivir su vida espiritual, libérrima y propugna por que los demás piensen como seres libres.

No acepta, no consiente ninguna es-

clavitud, pero menos la del pensamiento porque coincide con Pascal en su exacto apotegma: "Nuestra dignidad consiste en el pensamiento".

La pobreza tampoco ha podido alterar su conducta, al contrario, la ha afirmado, la ha definido, la ha estilizado.

La santa pobreza de Antonio Caso es su orgullo, porque es su poder, su escudo, su capital. Caso exhausto de dinero se siente rico de libertades. Sin sueldos que pudieran cohibir sus actos; sin canonjías que obliguen su gratitud o su conciencia, el hombre vive más a placer, como portaestandarte de su propio pensar; como paladín de sus propios ensueños; como amo absoluto de su alma.

Cuando ha sospechado que el dinero podría constreñir sus ideas o sus actos, lo ha sacrificado con pronta facilidad; porque sabe que el perfecto pensador libre es aquel que se mantiene incólume de hipotecas espirituales.

La pobreza puede ser una desgracia o una virtud; es una desgracia cuando se tiene sin querer; pero es una virtud cuando se la busca como medio de liberación.

Por eso en él es virtud y no desgracia, es riqueza y no miseria, porque como dijera Fray Luis de Granada: no es la pobreza virtud, sino el amor a la pobreza.

El sentimiento más vivo de Antonio Caso es la bondad. Desde niño fué siempre bueno; no sabe lo que es rencor, desdén, el odio y jamás piensa en represalias o venganzas.

En el corazón de Caso no pueden anidar las malas pasiones; por eso vive tranquilo, porque no le preocupa la imaginación de un castigo, ni le molesta el aguijón de la envidia, ni tiene entendederas para la inquina.

Sigue en la página 7, 4a. columna

Sufre, porque a gran corazón grandes penas y porque su misma vida, pura en su ideología, avara de libertad, intransigente en sus convicciones ciudadanas, orgullosa en su aislamiento e independencia le ha creado y le creará siempre conflictos de orden práctico que le amargan sus horas, no por él mismo, sino por sus gentes hogareñas y bienamadas.

El dolor ajeno lo conmueve hasta el llanto, pero el propio lo sobrelleva con entereza y quizá, a las veces, con voluptuosidad. El dolor ha sido su compañero y su maestro; no lo teme, lo ama porque en él aprendió a engrandecer y fortalecer su espíritu.

Es Caso un contemplativo, un reconcentrado, un solitario. Su mundo no es el mismo nuestro, sino el mundo de su biblioteca donde ha caminado todas las amplias rutas y escondidas veredas del pensamiento humano, con sólo hacer estaciones de horas silenciosas y meditativas, "horas trémulas" al oprimir, con la fuerza de sus ideas y acariciar con mirada agradecida las páginas edificantes de sus mejores amigos: los libros.

El no opina como Baltasar Gracian, que el mejor libro del mundo es el mundo mismo; él cree que el mejor de los libros es el que lleva en su almar y que nunca escribirá, el que piensa en sus soliloquios, el que escribe con sangre y con llanto todos los días en su atormentada imaginación. Porque Antonio Caso es un espíritu triste, un triste fiel a su tristeza, que ve pasar la existencia con la retina nublada por una lágrima siempre en flor.

"Para mí la vida es drama", suele decir, y es que entonces no habla el filósofo que piensa, sino el romántico que siente, porque Caso es un profundo sentimental, un penne amargado, un misántropo.

Por eso no es un hombre de acción; las actividades externas distraen la mente y constituyen las emociones. La actividad presupone comunicación con los demás, atenciones obligadas, diálogos anodinos, vida artificiosa, esfuerzo hacia afuera y él no encuadra en ese marco que le resulta grillete, salvo el esfuerzo magisterial.

El auditorio le place en la cátedra porque entonces el profesor está ensimismado, quizá más que si estuviera solo, porque el auditorio no es interlocutor, sino el símbolo del silencio solemne y religioso, y el silencio es dilecto amigo de los espíritus dolientes, como el suyo.

Caso ama su libertad y su soledad porque así se siente más él, más pujante y auténtico. ¿No decía Ibsen que el hombre más fuerte del mundo es aquel que permanece más solo?

Su amor al aislamiento no es efecto de descepciones, de falta de triunfos, ni escasez de amigos o admiradores; nada de eso, Caso prefiere la soledad porque adentrado en sí mismo, como dice un pensador esteta, "el pensamiento siente una fruición muy parecida a la amorosa cuando palpa el cuerpo desnudo de una idea"; Caso ama la soledad porque en ella se puede hundir en su amargura, sin ruido y sin testigos y él ama el dolor que es una forma de amar la belleza.

LIBERTAD Y DOGMA

Por el Dr. ANTONIO CASO

"Lo sobrenatural que se siente como lo más natural del mundo."

Justo SIERRA.

Don Alfonso Junco, poeta y escritor excelente, que somos los primeros en acatar y aplaudir, acaba de sacar a luz un artículo rotulado "Dogma y Libertad" en que, después de tributarnos elogios que sinceramente agradecemos—por venir de quien vienen, claro está, y porque en ellos se muestra la hidalguía de su autor,—somete a nuestra consideración "hospitalaria y comprehensiva, algunas ideas vinculadas con reciente artículo nuestro y con problemas vitales que han preocupado siempre a los hombres de pensamiento".

Como don Alfonso Junco es espíritu de acrisolado pensamiento y buena voluntad, constituye para nosotros una satisfacción verdadera, ofrecer a su examen estas otras ideas relativas al problema del dogma y la libertad.

He aquí las tres interrogaciones formuladas a nuestro respecto: "¿Son inconciliables el dogma y la libertad? ¿Hiero mi libertad filosófica y científica, al adherirme racionalmente a una verdad revelada? ¿Ello me hará agredir la libertad de los otros, imponiéndoles por la fuerza, no por la persuasión, esa verdad?"

El dogma y la libertad—opinamos—no son inconciliables para UNA mente individual. Si logramos concordar, en nuestra propia conciencia, el dogma de la infalibilidad del Pontífice romano, hablando "ex cathedra", como Pastor y Maestro de la grey católica, sobre puntos de doctrina o de moral, etc., con nuestro propio criterio, muy dueños somos de afirmar que el Papa es infalible. Se ve cómo, libertad y dogma, se conjugan y hermanan en una afirmación, individualmente satisfactoria, que nadie podrá negarnos nunca como convicción, personal nuestra. Nos satisface la infalibilidad de un hombre en lo que mira a la fe y costumbres, dentro de ciertas indeclinables condiciones. Conforme a nuestro convencimiento personal, "son conciliables, tratándose de la infalibilidad del Papa, dogma y libertad".

"¿Hiero mi libertad filosófica y científica, al adherirme racionalmente a una verdad revelada?" Tampoco, don Alfonso, indudablemente tampoco. Como siempre interrogáis refiriéndoos a vos mismo, siempre os contestamos dentro de la hipótesis que proponéis. Si conforme a vuestro lúcido pensamiento individual, admitís la revelación de ser Jesucristo Dios verdadero, no herís, es notorio, vuestra libertad filosófica y científica. En castellano afirma el proloquio que, bajo la propia capa, se mata al Rey.

La convicción religiosa—que en sí no es demostrable, porque el saber y la fe son cosas distintas,—en el relicario de "una" conciencia individual, a nadie puede lastimar nunca; si acaso lastimare, es porque no se tratará, en efecto, de tal religiosa convicción. Es obvio que, si afirmáis la revelación como verdadera, ya no podréis, lógicamente, admitir proposiciones que la nieguen;

pero la no admisión de aquello que no se cree, no restringe la libertad de creer aquello que se afirma. Quizá, por la afirmación, asumáis vuestra plena libertad, haciéndola eficaz. Una convicción es esto, precisamente: una posición firme, lograda merced a la conjugación magnífica del pensamiento que juzga y la libertad que acata.

Agregáis en seguida: "Ello me hará agredir la libertad de los otros, imponiéndoles por la fuerza, no por la persuasión, esa verdad?... Respondemos diciendo: No hay verdad que se pueda imponer por la fuerza; porque la fuerza no convence jamás, sino que atemoriza o subyuga. La verdad se "demuestra", no se "impone"; a no ser que se trate de una verdad evidente por sí misma. Pero las verdades de este género se admiten como evidentes, porque son verdaderas. Es decir, la evidencia es la verdad resplandeciendo. Nosotros admitimos que A es A, como vos mismo lo decís, sin menoscabo de la libertad; la menoscabáramos si no admitiéramos la ley fundamental del pensamiento, a ejemplo de ciertas personas que no piensan realmente, pero hacen como que piensan; porque entonces nuestra libertad, dado que pudiera ser negando la identidad, lo que resulta imposible, dejaría de ser nuestra libertad, o sea, dejaría de ser eficaz.

Los principios de la razón pura son el fundamento mismo de la libertad. Nadie se menoscaba en su albedrío por ser razonable. Razón y libertad se unifican; por esto el racionalismo y el libre arbitrio concuerdan. ¿Quién podrá entonces "imponer" una verdad "por la fuerza"? El mártir cristiano, obligado a blasfemar por quienes lo vejaban, se amputó la lengua con los dientes y arrojó el sanguinolento despojo a la faz atónita de sus verdugos. La fuerza no venció en él a la convicción, ni jamás la vencerá en nadie, a pesar de los horribles y malditos tormentos de la Inquisición, que tan bien habéis elucidado; porque, en último caso, pueden y saben mentir los labios de los débiles, pero nunca su conciencia; y esto, en virtud del mismo principio de identidad;

porque quien cree que A es A, no puede creer cosa distinta de la que cree, aunque profiera palabras que exteriormente disimulen o nieguen su creencia.

Si no se puede imponer por la fuerza la creencia, no queda otro camino de propagarla—no de imponerla—sino la persuasión. El "GRANITICO AXIOMA del catolicismo que a nadie puede constreñirse para que abrace la fe", nos parece excelente como línea inflexible de conducta. Después de lo que llevamos dicho con antelación, lo repetimos entusiasmados, en el más hondo sentido de este último y noble vocablo. Si, en verdad, Dios está con nosotros, si no somos osados a perturbar a los demás en lo que creen, "constreñiéndolos". Pero, si el "axioma" se justiprecia, no desde el punto de vista de nuestra conducta con los demás, sino en su genuina significación lógica, habrá que añadir que resulta completamente inútil; porque ya demostramos, antes, que es imposible "constreñir a nadie a que abrace una fe".

La fe, la gracia, son obra de Dios. Creará el que pueda creer. Quien no sea tan feliz, no lo logrará nunca. Y aun admitimos que es bueno y justo pedir a Dios rendidamente que nos haga partícipes de su gracia; pero ya sabéis, don Alfonso, caro amigo nuestro, que "muchos son los llamados y pocos los elegidos". Disfrutáis, los selectos, de ese don divino; nosotros, no. ¡Anhelamos tener una fe, pero no la tenemos; queremos y ambicionamos vuestra felicidad, que ha de ser muy grande, tan grande, que toda dicha debe anonadarse ante tamaño bien!... Mas, si a nosotros no nos ilumina el sol indeficiente que a vosotros, ¿es culpa nuestra, si todos los días y a todas horas envidiamos vuestra felicidad sin lograr nunca compartirla?... Somos idealistas, pero no tenemos ideal religioso definido en dogmas y desarrollado en disciplinas concomitantes. Nuestra razón nos veda la admisión de los dogmas católicos... ¿Por ello somos culpables?

Epilogando: en el santuario de la conciencia personal, son conciliables

el dogma y la libertad; no se lastima, ciertamente, la autonomía filosófica al admitir una verdad revelada; pero cuando se pasa de la conciencia personal a la ajena, todo cambia; porque se hiere la libertad filosófica del prójimo al imponerle o pretender imponerle un dogma. Sólo queda el camino de la persuasión. Si, porque éste es el sendero de la caridad y la sabiduría.

"Consultando los principios y los hechos, yo encuentro que el dogma católico se integra con un núcleo de verdades de orden religioso y moral... La prueba experimental es concluyente. Católicos son pensadores tan rectos, personales e intrépidos, y de sistema filosóficos tan disímiles como San Agustín, Tomás de Aquino, Escoto, Suárez, Descartes, Balmes. Nosotros diríamos mejor "disímiles" que "disímiles", porque un mismo Símbolo, el de la fe católica, confesaron Agustín, el Aquinatense, Escoto, Descartes, Suárez y—el menor de todos—Balmes. ¡La "brújula y la estrella" fue, para todos, el Símbolo de la Fe!; aun cuando sean disímiles, esto sí, en verdad, el "Doctor angelicus" y el "Doctor subtilis" el gran Descartes, fundador de la filosofía moderna, y el "Doctor eximius", San Agustín en la sublimidad de su genio, y el talentoso Presbítero don Jaime Balmes.

Pasteur, Roentgen, Marconi, confiesan el catolicismo. Es verdad mucho les honra; pero la mejor prueba de que su personal actitud nada corrobora, sino en lo que a ellos mismos atañe, es que Darwin, Claude Bernard, Berthelot, Huxley y Einstein, por ejemplo, no lo confiesan. Porque la fe resulta de una construcción individual irreductible. La religión es "l'ordre du cœur". ¿Cómo vamos a subyugar, si no por la persuasión y el ejemplo, a los demás, con el desbordamiento piadoso de nuestro propio corazón?...

La fe no manda, nunca manda. Inspira. No impone, no viene de fuera, brota de la conciencia íntima, del sentimiento que afianza sus raíces en las profundidades de la existencia espiritual. Es como la música, que subyuga y encanta, fácil, espontánea, íntima, lo más íntimo del alma. No es coacción de la razón pura ni de la vida exterior; no se induce, la fe no se induce, ni se deduce, ni se acata, se crea. Creencia es creación; es libertad, personalidad, divinidad. Es, en una palabra, para usar la expresión de don Justo Sierra, "lo sobrenatural que se siente como lo más natural del mundo". Don Alfonso Junco oye la abscondita música de las esferas; confiesa el dogma católico. Nosotros no la hemos oído aún; por esto no lo confesamos. ¿Será para nuestra condenación o tal vez para nuestra ventura?...

Si la fe católica se pudiera demostrar como se demuestra un teorema de Euclides, ¿sería virtud la fe? La Iglesia hace de la fe una virtud teológica, divina. ¿Como que Caridad, Fe y Esperanza son las tres grandes virtudes que agregó el Cristianismo a las clásicas paganas: Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza, aclamadas y honradas a porfía en la Academia y el Liceo, el Pórtico y el Jardín!

ANTONIO CASO.

RAZON, VIRTUD, SOBRENATURALISMO

Por ALFONSO JUNCO

Es un raro y selecto gozo del espíritu cambiar ideas, en un ambiente de cordialísimo respeto, con quien tiene y las recibe, con quien sabe exponer diáfana-mente las propias y captar lucida-mente las ajenas, y así las unas como las otras eliminarlas o con-jurarlas con ánimo leal, desintere-sado y superior.

Agradezco efusivamente a don Antonio Caso, que, con hidalga de-ficiencia me haya brindado este go-zo. Su artículo "Libertad y Dog-ma", relacionado con el mío "Dog-ma y Libertad," que a su vez se ligaba con el suyo "Renán y Ber-thelot," da aliento y jerarquía a este apacible diálogo de ideas, nun-ca infecundo para los que conver-san ni para los que escuchan.

Quisiera esclarecer someramen-te algunos puntos incidentales, y pasar luego a exponer lo que pien-so sobre el magno problema de la fe.

x x x

1.— Mi plantear las cuestiones interrogando en primera persona, fue un simple modo de decir que juzgue más rápido y expresivo, mas no entendiendo con ello refe-rirme sólo a mí, sino a la infiní-ta legión de quienes se encuentran en los propios casos planteados.

2.— La intimidad del alma es incoercible. No hay tiranías que lo puedan imponer y que de hecho lo obliguen a obrar en lo externo contra su interna convicción. Es la vergüenza que palpamos en nuestros días, y que la Iglesia re-pudió siempre, aun en tiempos os-curos y feroces, fulminando exco-municación contra los que quisieran compeler a judíos o gentiles a la recepción del bautismo, acto exter-no, manifestador de la interna fe.

3.— Los tormentos de la Inqui-sición no tenían por mira castigar al hereje, ni menos constreñirlo a creer. Eran un método de indaga-ción judicial— establecido y prac-ticado a la sazón, y con notablen-mente mayor frecuencia y dureza en todos los tribunales del mun-do,— para compeler al reo a de-clarar la verdad del hecho que se averiguaba, cuando justificadamen-te se colegía que la estaba ocul-tando. Por lo demás, el Santo Ofi-cio fue el más benigno en explicar y el primero en abolir la tortura, que hoy todavía se practica— ya legal, ya extralegalmente, en mu-chas partes.

4.— Hay sabios creyentes y hay sabios incrédulos. Las razones re-ligiosas, filosóficas e históricas, no suelen tener el carácter de evi-dencia fulminante que perentoria-mente se impone al entendimien-to: por eso son naturales y abun-dantísimas las discrepancias. Ade-más, se puede ser como Berthelot, gran químico y pobrísimos pensa-dor. Yo sólo he querido subrayar—contra la inepta vocinglería de moda,— que la fe es perfectamen-te conciliable con la ciencia, que no es una antigualla sino un he-cho actualísimo y que célebres sa-bios de nuestros días— como los descubridores de la radiodifusión y de los rayos X,— ejemplifican la modernidad del catolicismo y su hermandad con la ciencia.

5.— Minucia lingüística. Usé el adjetivo "disímbolos" no con rela-ción al símbolo de la fe, sino co-mo equivalente de "disímiles." Ahora veo que así lo registra el diccionario de la Academia (1925), diciendo que "disímbolo" viene del griego dys (mal) y symbolos (que se junta con otra cosa) y que significa "disímil, diferente, disconforme."

Y entremos ya al asunto capital, concretando en tres conceptos: la fe es razonable; la fe es virtud; la fe es virtud sobrenatural.

I

¿Se oponen la razón y la fe?

No. La fe es eminentemente ra-cional.

Consiste en la adhesión de mi entendimiento a las verdades re-latadas por Dios. Mi razón de-muestra que existe Dios, que es in-finito en ciencia y veracidad, que puede comunicarse y se ha comu-nicado de hecho con los hombres. La razón, en consecuencia, me au-riza y obliga a acatar las verda-

des comunicadas por El. Verdades a menudo superiores, nunca con-ditadas a mi razón.

La razón es el ojo, la fe el teles-copio. Ni el ojo ni la razón pueden, por sí solos, escrutar todas las ma-ravillas del cielo. Pero el telesco-pio y la fe las aproximan y reve-lan los celestes prodigios. ¿Hay an-tagonismo? No. Hay cooperación, armonía y superación.

La Iglesia ha condenado el fi-deísmo, doctrina que pretendía re-pudiar ingerencia de la razón en los asuntos de fe. Y unos cuantos testimonios egregios — gotas de agua sacadas del océano,— pueden refrescar la certidumbre de esta actitud católica invariable.

Siglo primero. San Pedro: "Es-tad prontos siempre a satisfacer a cualquiera que os pida la razón de vuestra esperanza." (Primera epístola, cap. 3).

Siglo Quinto. San Agustín: "No quiere Dios que la sumisión que se nos exige en todo cuanto for-ma parte de la fe, nos impida bus-car e inquirir la razón, ni siquie-ra podríamos creer." (Epístola 120, número 3.)

Concilio Vaticano, 1870: "No sólo no pueden disentir jamás en-tre sí la fe y la razón, sino que antes se auxilian la una a la otra: por un lado la recta razón de-muestra los fundamentos de la fe, e ilustrada por ésta, cultiva la ciencia de las cosas divinas; y por esto, la fe libra y preserva de erro-res a la razón y la enriquece con diversos conocimientos. Por esta causa, lejos de oponerse la Iglesia al cultivo de las artes y de las ciencias humanas, las fomenta y propaga por cuantos medios pue-de." (Sesión tercera.)

Es cosa firme. La razón y la fe no son enemigos, sino herma-nas.

II

¿Por qué, entonces, decimos que la fe es una virtud?

Porque sus verdades no son de evidencia intrínseca e inmediata (A es A, la parte es menor que el todo), sino de evidencia extrínse-ca y mediata. No arrastran, pues, necesariamente al entendimiento, y piden el concurso de la voluntad. Y puesto que estoy físicamente libre aunque moralmente obligado a dar concurso de mi voluntad, es te es meritorio y virtuoso.

Puedo y debo estimular a mi vo-luntad para que abrace la fe. Sen-tado a que ésta es racional— no sólo cosa del corazón y el sen-timiento,— vengan enhorabuena el sentimiento, y el corazón, y el sen-tido estético, y el haber de ex-celsitud, y la sed humana sima de certidumbre y de inmortalidad, y todas las potencias, intuiciones y capacidades del alma, a ponerse en actividad y certamen para lo-grar la dulce gloria de la fe.

La fe es virtud, y como toda vir-tud, requiere esfuerzo, propósito y pelea. Para ser creyente, como pa-ra ser casto, hay que combatir. Nu-trirse en lecturas que ilustran y fortifican la fe, apartar los obstá-culos psicológicos y morales que la detienen. Aplicar virilmente la voluntad.

Pero todavía habrá, tal vez, hom-bres de buen esfuerzo que digan: comprendo que la fe es cosa pue-sta en razón; entiendo los motivos que se invocan, examino los argu-mentos, veo las conveniencias y armonías; y no hallo nada que ob-jetar. Más aún: deseo la fe. Sin embargo no la tengo. No experi-mento la certeza interior; "no se me hace" que las cosas sean así; no siento el golpe decisivo.

III

Y aquí viene el coronamiento: la fe es una virtud sobrenatural. Es necesaria esa noción misterio-sa, ese influjo divino y secretísi-mo que se llama la gracia, para abrazar, con mérito celeste y con perfecta plenitud, la fe. Pero la gracia a nadie se le niega, y está el Amor como en acecho para verterla en nuestras almas por el pri-mer resquicio que le abramos:

"Dijo Jesús: "Pedir y se os da-rá; buscad y hallaréis." Y pascal

prorrumpía en aquella gran voz, carísima a nuestro Amado Ner-vo: "¿Le buscas? Es que le tienes." Para lo cual, sin abdicar de la razón sino ejerciéndola con ma-durez, hay que acogerse al diá-fano y sedante retiro de la humil-dad— de la humildad que es la verdad, como definía Santa Tere-sa—; porque una suprema pala-bra de Jesús parece presidir y transverberar, como un relámpago de terrible dulzura, todo el senti-do de su Mensaje:

"¡Yo te bendigo, oh! Padre, por-que escondiste estas cosas a los sabios y prudentes del siglo, y las revelaste a los humildes y peque-ños!"

NADIE ES MAESTRO, Y NO QUIERE SERLO, D. ANTONIO CASO

Sigue de la página cuatro

estorbo para el subsidio, y no quise serlo. Además, no soy socialista, ni católico, y no siéndolo no había sitio para mí en ella. Y así lo dije a González Aparicio: No estoy ni con las masas ni con las misas, pues siempre he preferido las mozas y las musas. No me someto al dogma, porque la ciencia no es dogma, sino investigación, estudio, meditación, y si de antemano se sabe lo que se va a investigar, y se tiene segura la respuesta, ¿para qué se estudia y se investiga y se medita?

—¿Y en qué ocupará usted su tiempo ahora, Maestro?

—En lo que me gusta. Trabajo, pensando. Ahora sigo un curioso estudio sobre las "Investigaciones Lógicas", de Husserl. Husserl dice que los ingleses en general tienen una **idea poco clara de la idea**, y es porque Husserl es un idealista, mientras la filosofía inglesa es esencialmente positivista y sensualista, desde Bacon a través de todo el pensamiento con Locke, Hume, etc. Y yo he hallado en Cudworth las mismas ideas del idealista Husserl, de suerte que sería interesante descubrir que sí ha habido ingleses que han tenido una **idea clara de la idea** tal como la tiene Husserl. Con ello, se librarían los ingleses del reproche que les lanza este gran pensador alemán.

"Me ocupo también en la formación de un Instituto de Investigaciones Superiores, en donde habrá libertad de pensamiento como requisito indispensable para la bondad de la investigación. En él tomarán parte don Ezequiel Chávez, don Pablo González Casanova y mi hermano Alfonso.

LA JUVENTUD ESTA VENDIDA A LA VIDA

—Maestro, ¿y qué piensa usted de la juventud de ahora?

—Me encanta su inquietud—nos respondió con interés y entusiasmo—; pero deploro que no haya en ella seriedad para el estudio. Se hace raro ya el estudiante que se dedica a serlo solamente, porque el de hoy es primero político, o joven de sociedad, o atleta, para dejar al estudio lo que sobre en tiempo y en esfuerzo. Le hace falta, igualmente, más ánimo, mayor vocación, porque se halla perturbado y corrompido, y se ha vendido a la vida por anticipado. Le atrae más la existencia fácil, el dinero pronto mal ganado, la influencia y situación provechosas, y como el personaje de una novela de Goethe, no se hallan pertrechados para ser hombres. Los años de la adolescencia deben darse al estudio, a aprender para saber, que después vendrán los años de viaje, de satisfacciones, del goce pleno de la vida."

Todavía había mucho que hablar con el Maestro, pero se hallaba fatigado después de los días llenos de emoción que acaba de pasar. Nos despedimos, llevando dentro la impresión de que el hombre es ante todo Maestro, de que el pensador ama las ideas, pero las ama sobre todo para darlas a los suyos, y que siente y se duele de haber dejado, cuando quizás más lo necesita, a la juventud que busca, y siempre halló en él las enseñanzas, la orientación, que juntamente con el respeto para el pensamiento libre de su alumno, honran al Maestro Caso.

LA OPINION

PAGINA EDITORIAL

Cárdenas es un Protector de Calles ¹⁸⁸

Cuando llegó a Brownsville, Texas, el General Calles declaró en tono quejumbroso que el Gobierno de México lo había tratado como a un criminal. ¡Cómo debe tener el alma llena de despecho e ira, para no advertir que el General Cárdenas, en vez de perseguirlo con rencor, le ha dispensado la más generosa de las consideraciones!

Porque si el Presidente de México hubiese deveras querido aplastar y humillar al General Calles, no habría necesitado salirse de la Ley para castigarlo. Con la mayor facilidad del mundo podía mandarlo enjuiciar y sentenciar. Bastaba autorizar a cualquier juez para que aplicase con toda rectitud el código penal vigente. Son muchos capítulos por los cuales el torvo ex-Dictador puede ser encarcelado, procesado y.... puesto en manos de un pelotón ejecutor.

Nos limitaremos a señalar uno de esos capítulos, que es del dominio universal. El asesinato del General Francisco Serrano y doce amigos suyos, en la carretera de Cuernavaca. Los actores de aquel drama horrendo han confesado que sin la formalidad de un proceso previo, mataron a aquellos trece individuos bajo la acción de ametralladoras. El General Claudio Fox ha relatado cómo recibió del General Calles la tremenda consigna de hacer aquella carnicería; y cómo para cumplirla, amarró a las víctimas y las entregó indefensas al salvajismo de la soldadesca. También ha descrito en forma espeluznante cómo llevó los trece cadáveres hasta el pie de la colina de Chapultepec, y cómo subió al Castillo y dió parte al General Calles de que sus órdenes estaban cumplidas.

Ahora bien, es inconcuso que ningún Presidente está facultado para mandar matar a nadie. La Ley, únicamente la Ley puede cortar la vida de un hombre. Por eso cuando un funcionario, sin proceso justificado, atenta contra la existencia de un ciudadano, se convierte en reo del delito de homicidio.

Por tal causa, si se diera al Ministerio Público libertad de acción para esclarecer la tragedia de Huitzilac, su primer paso sería mandar aprehender a todos los presuntos responsables, y figuraría en primera línea el mencionado General Calles. Poco tendría que averiguar el juez, porque de antemano ya está todo averiguado. Los periódicos han publicado relatos detallados de la matanza, hechos por los autores materiales. Y como Serrano y sus compañeros fueron sacrificados con premeditación, ale-

vosía y ventaja, claro está que no habra para los responsables primarios del crimen, otra pena que la capital.

Esto no lo puede ignorar el General Calles, y por lo mismo, cuando acusa al General Cárdenas de estarlo tratando como a un criminal, sabe de sobra que eso es precisamente lo que no ha querido hacer el Presidente de México. En vez de entregar al ex-tirano a los ejecutores fríos de la Ley, lo ha sacado del país para que escape a la acción de los tribunales. Y este es un servicio, un inmenso servicio, que por sí solo, debería bastar para que el General Calles estuviera infinitamente agradecido.

Una justicia inexorable reclama castigos severos; pero una política generosa aconseja calmar las pasiones, secar los chorros de sangre, dejar caer telones sobre el pasado e iniciar una vida nueva. Por otra parte, como los Gobiernos anteriores fueron sanguinarios y sacrificaron sin piedad a miles de inocentes, el General Cárdenas ha querido no volver sus ojos hacia la tragedia de Huitzilac. Es posible que los apasionados y los coléricos vieran en un acto de justicia, un estallido de venganza. Por eso el Presidente no quiere ser riguroso ni implacable.

Resulta, pues, un sarcasmo que quien sólo recibe beneficios de esta política conciliadora, tenga la osadía de presentarse en calidad de víctima perseguida. Este es el colmo de los colmos, y sería imperdonable si no fuese pueril e inofensivo. Eso de que un Nerón se queja de que los cristianos lo hacen sufrir, no mueve a indignación sino a risa. Aunque el destierro sea ilegal, y una ejecución pueda ser justa, sería terrible cerrar nuevamente una etapa política con un charco de sangre.

Por eso seguramente el General Cárdenas ha preferido poner sobre el pasado un velo grueso de olvido. Pero si el Presidente olvida, la Nación no olvidará jamás y ella sabe en dónde se encuentran las máximas responsabilidades. Y ante la declaración quejumbrosa de Brownsville tiene que rectificar en esta guisa: "NO, no es Calles una víctima, sino un victimario; no es un mártir de la ilegalidad sino un escapado de procesos que le podrán instruir; y el destierro que para centenares de miles de mexicanos fue un castigo tan fuerte como inmerecido, para él no es sino un procedimiento generoso, por medio del cual, el Presidente Cárdenas le permite evadir el castigo riguroso de la Ley!

189

NOTAS DE LA SEMANA

DESPUES de la expulsión del general Calles y de tres amigos suyos, el servilismo y la abyección rugieron—como de costumbre—para proponer duros castigos contra los caídos. Y, hubo un abogado (iii) que, al frente de unos cuantos sujetos, pretendía, no sabemos a nombre de qué doctrina o derecho, saquear la casa del que fué Jefe Máximo de la Revolución. ¡Progresamos en moral y en decencial!

Mas, por fortuna, el Presidente de la República, general Cárdenas, serenó las iras de los farsantes, quienes en pocas horas recobraron el sosiego.

¡Cuidado, mucho cuidado con esos "justicieros" ciudadanos que ayer adulaban al que hoy lincharían!

A Capitalist Confesses

By RUDOLPH SPRECKELS, *Millionaire President of
the First National Bank of California*

Congress is continually asked to protect capital and its methods of high finance. Protection and opportunity to continue earnings upon their watered securities while human beings starve, are demanded by men who know not hunger or want. Let not the spark of human kindness die in America. We must not tolerate a continuation of commercial greed and the placing of dollars above human rights and needs.

Europe is demonstrating today the inevitable result the policy of commercial greed leads to. The toll in money and in human life now being paid at the altar of governmental submission to the demands of capitalism should be a warning that no intelligent American can afford to ignore.

My writings may shock the members of my so-called class, but my belief in them is still sufficiently strong to warrant me in hoping that if they will but take a step outside the blinding influence of their selfish environment, a new light will dawn upon them, and then there will be hope that the United States of America may go forward and forever live in accord with the intention, purpose and mandate of this nation's founders.

The 'Iron Man' Whines

191

DISREGARDING the controversial circumstances which resulted in his enforced exile, Plutarco Calles will find little sympathy in this country.

No matter how he may protest at what he calls the danger of Communism in Mexico under President Cardenas, Americans do not forget that it was Calles who, in the role of dictator, first attempted the Sovietization of his country, and if his former protege has any such purpose in mind, he is not departing widely from the original Calles program.

His war upon religion was a purely Communistic step, and one cannot fail to see in his present predicament a certain retributive justice.

* * *

It was upon Calles' command that inoffensive prelates, as well as political opponents, were driven out and obliged to seek asylum in the United States.

At no time during the rule of the Calles dynasty has Mexico enjoyed the measure of civil and religious liberty the great majority of her people demand.

Perhaps Cardenas proposes to profit by the errors of his predecessors and former confreres in outlining more liberal policies. At least he is doing away with many of the tyrannies inaugurated by the "Iron Man."

* * *

The United States has a certain stake in the political as well as commercial welfare of Mexico. Our people would rejoice at a solution of Mexico's agrarian difficulties, but we cannot expect a definite settlement of her major political problems until a stable constitutional form of government is established.

As in Russia, Germany and Italy, where government rests in the hands of those who possess physical power—in other words, who have the army and navy under their control—the will of the people means little in Mexico.

An almost negligible minority of those with the right of suffrage is able to seize and hold authority in the capital.

* * *

The destiny of the country varies, accordingly, with the character of the man who happens to attain to leadership, and as the very methods by which leadership is attained are subversive to justice and liberty, not much can be expected.

At least Cardenas' administration is a tremendous improvement over that of any other of the Calles' group. Perhaps he, too, lives in the comforting realization that if adversity overtakes him, he can flee to the United States, which was established as a house of refuge for the victims of political and religious persecution such as, unfortunately, has marred the history of Mexico during the past decade.

—R. R. K.